



Medellín visajosa: ¿reconfiguración de la antioqueñidad durante la década de 1985 y 1995?

Juan Pablo Henao Cifuentes.

Trabajo de grado presentado para optar al título de Sociólogo

Asesor

César Augusto Tapias Hernández, Doctor (PhD) en Comunicación

Universidad de Antioquia
Facultad de Ciencias Sociales y Humanas
Sociología
Medellín, Antioquia, Colombia
2024

Cita

(Henaó Cifuentes, 2024)

Referencia

Henaó Cifuentes, J. P. (2024). *Medellín visajosa: ¿reconfiguración de la antioqueñidad durante la década de 1985 y 1995?* [Trabajo de grado profesional]. Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.

Estilo APA 7 (2020)



CRAI María Teresa Uribe (Facultad de Ciencias Sociales y Humanas)

Repositorio Institucional: <http://bibliotecadigital.udea.edu.co>

Universidad de Antioquia - www.udea.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. Los autores asumen la responsabilidad por los derechos de autor y conexos.

Tabla de contenido

Resumen	7
Abstrac	8
Introducción.	9
Planteamiento del problema	11
Objetivos	17
Objetivo general	17
Objetivos específicos.....	17
Diseño metodológico.....	18
Metodología.	19
Proceso metodológico.	20
1 ^{er} momento: construcción y diseño de la investigación.....	21
2 ^{do} momento: recolección y sistematización de la información.....	24
3 ^{er} momento: análisis y resultados.	28
Estado del arte.	29
Consideraciones metodológicas.	29
Hacia una etimología del visaje.....	29
El visaje en la literatura.	31
Medellín visajosa, entre la cultura y la violencia	35
Entre lo narco y lo sicario	39
Lo teórico: entre el ethos y lo estético.....	45
Del ethos antioqueño al visaje.....	46
Resultados.	48

Sobre la violencia en Medellín y su tratamiento: un contexto.	48
El sicario como sujeto y acción: entre la literatura ficcional y la literatura especializada.	55
El ser y el parecer: entre la antioqueñidad y el visaje.	60
¿Reinversión de valores? ¿Nuevo sistema valorativo?	62
El visaje como medio para el agenciamiento.	64
Sobre la espacialidad: el fenómeno y la construcción de sentido en las comunas.	69
Conclusiones.	75
La violencia.	75
Sobre los tratamientos.	76
Sobre la representación cultural de los antioqueños.	78
Limitaciones.	80
Referencias.	84
Anexos.	91

Lista de figuras.

Figura 1 Proceso investigativo.....20

Figura 2 Significado actual de la palabra visaje.....67

Lista de tablas.

Tabla 1 Criterios de búsqueda en fase de exploración temática.....22

Resumen

Este trabajo explora cómo el visaje representa una búsqueda de identidad juvenil que se aleja de los estereotipos de la antioqueñidad tradicional; pero, aun así, conservando ciertos rasgos propios de ese imaginario de identidad regional. Es sobre todo ese tránsito que se supone sobre lo aspiracional e identitario en la ciudad de Medellín y su área metropolitana como universo referencial de la antioqueñidad; misma unidad de sentido que siempre ha de manifestar una sólida estructura de jerarquización y glorificación en individualidades que logran destacar entre los tantos habitantes de esta región, sin importar el ámbito de acción y reproducción social en el que se desenvuelva. En este sentido, el visaje se construye a la suerte de sus influjos más notables, el tradicional sistema de valores, ese vigor, fuerza y trabajo como símbolos indiscutibles de la pujanza paisa y el nuevo sistema de valores que se supone se interpuso con esos nuevos actores que aparecieron desde la década de los setenta, sistema ético que ha sido catalogado como cultura traqueta o mafiosa que no es más que una representación imaginada y, lo sicario como marcador de juventudes y barrios, como estigmatización y marginalización”. Por último, este trabajo es un esfuerzo por combinar la teoría fundada y la investigación documental desde la estrategia investigativa, pues estuvo muy marcado por la preocupación conceptual según es nombrada en la cotidianidad de los habitantes de Medellín y el Área Metropolitana, desde la producción literaria entendida como hecho y producción social.

Palabras clave: visaje; sicarios; antioqueñidad; Medellín; ethos cultural.

Abstrac

This paper explores how the visage represents a search for youth identity that moves away from the stereotypes of traditional Antioquia; but, even so, preserving certain features of that imaginary regional identity. It is above all that transit that is assumed on the aspirational and identity in the city of Medellin and its metropolitan area as a referential universe of Antioquia; same unit of sense that always has to manifest a solid structure of hierarchization and glorification in individualities that manage to stand out among the many inhabitants of this region, regardless of the scope of action and social reproduction in which it develops. In this sense, the visage is constructed according to the fate of its most notable influences, the traditional system of values, that vigor, strength and work as indisputable symbols of the paisa strength and the new system of values that is supposed to be interposed with those new actors that appeared since the seventies, ethical system that has been catalogued as traquette or mafia culture that is nothing more than an imagined representation and, the sicario as a marker of youth and neighborhoods, as stigmatization and marginalization". Finally, this work is an effort to combine grounded theory and documentary research from the investigative strategy, since it was very marked by the conceptual concern as it is named in the daily life of the inhabitants of Medellin and the Metropolitan Area, from the literary production understood as fact and social production.

Keyword: visage; hitman; antioquia; Medellin; cultural ethos.

Introducción.

Este trabajo estuvo delimitado principalmente hacia todo lo relacionado con el sicariato ¹y la figura juvenil barrial en la capital antioqueña y su área metropolitana. Si bien, hablar de “narco” y “sicarios” en el sentido genérico de cada palabra, es en ocasiones asumido como si fueran lo mismo, si se tratara de lo mismo y referenciaran el mismo proceso y periodo histórico, esto presupone que ambas categorías manifiestan una relación siempre intrínseca. De manera que, la referencia de la *sicaresca* que ha sido asumida por múltiples personalidades y tratamientos especializados, presentan lo *narco* como un monolito que describe siempre lo mismo donde lo *sicarial* solo lograr existir en función de lo *narco*.

El sicario es marginalizado en la literatura, es marginalizado en las redes de criminalidad, es parte y contra parte de esta. Por eso se ha hecho perceptible en una multiplicidad de producciones; de ahí que, la obras literarias transitan entre estas diferencias, la de presentar unos individuos que poco protagonismo han tenido, a la vez que están anclados y transversalizados por una maraña cultural de fuertes sedimentos, ejemplos de esto pueden hallarse en Rivas (2019) así como en Gilmer y muchos otros. Pues el sicario es en tanto un rol más de una cadena de producción; pero, en los barrios y la cotidianidad de los habitantes de Medellín el sicariato fue la constitución de galladas, de fraternidades, de redes de cuidado y traición, de beneficios individuales y sobre todo de identidades y materialización de mentalidades.

Estas observaciones y síntesis sirven como el punto de partida para una exploración más profunda de la compleja intersección entre la historia, la identidad y la violencia en Medellín en torno al visaje, que fungió como un operador lógico y práctico en el desenvolvimiento de los múltiples procesos juveniles que se han vivenciado en la ciudad de Medellín desde la década de los ochenta hasta ahora, pero que esconde sus raíces en la constitución identitaria de la región de Antioquia, su pujanza.

Así las cosas, el objetivo de este trabajo se orientó a comprender el desarrollo histórico de lo que hoy se conoce como visaje en la ciudad de Medellín. Por esta razón, este trabajo se direccionó desde las bondades del enfoque cualitativo de la investigación social, sustentado en el

¹ La búsqueda del sicariato lleva indudablemente al abordaje del narcotráfico o de lo narco, y que es innegable que entre estas persiste una relación casi inmanente, se puede acudir a las siguientes obras para ampliar la imaginación o explorar sus diferencias. (Correa Ortiz, 2014, 2021; Rincón, 2009, 2013; Van Der Linde et al., 2014)

análisis de algunas producciones literarias no ficcionales y ficcionales escritas sobre Medellín y en Medellín, que desde el relato cotidiano de algunos habitantes de la ciudad y sus autores retratan con cierta crudeza y veracidad el momento histórico donde se arguye se definieron las bases de socialización de los habitantes de esta ciudad.

Para el análisis de estas producciones, las técnicas fueron el análisis de contenido, análisis visual y análisis del discurso, contenidos principalmente en una estrategia de investigación que oscilaba entre la teoría fundada y la investigación documental. Por un lado, se buscaba descifrar y constatar una serie de hipótesis sobre la noción de *ethos* como condición de la vida práctica de los habitantes de una región; por otro lado, encontrar los patrones de agenciamiento y sus cambios a lo largo aquel periodo histórico y el hoy.

Finalmente, este texto se ha estructurado según los lineamientos de la institución. Una primer parte donde se hace el planteamiento del problema, enfocado en la reconstrucción histórica del contexto y sus implicaciones en la realidad actual de los habitantes de la ciudad de Medellín y su área metropolitana, donde se sustenta que el visaje es entre tanto un conjunto de comportamientos, prácticas y ademanes que manifiestan un *ethos* barrial, una forma de ser y pensar que se configuró y visibilizó en las comunas de la ciudad durante los años ochenta y noventa, para pervivir hasta ahora. Una segunda sección, donde se hace presentación de los criterios metodológico y analíticos, donde su construcción deviene más de un ejercicio intuitivo. Una tercera parte que ocupa la presentación de los hallazgos.

Estos son presentados en cuatro bloque temáticos: el primero, referente al contexto de violencia en la ciudad y el tratamiento que ha definido las formas en que se entienden aquellos procesos de violencia juvenil especialmente en los barrios de la ciudad; el segundo, una revaloración del concepto de sicario y la presentación de un marco referencial para su comprensión, pues el sicario está compuesto por dos dimensiones la acción y el individuo, en ocasiones aisladas; un tercero, que refiere sobre toda esa continuidad histórica de las mentalidades, aspiraciones y comportamientos de los antioqueños, principalmente en como estos se han fortificado en una cadena sucesiva de mitificaciones y etiquetamiento de los habitantes de la región, coexistiendo y diferenciándose a su vez; por último, un cuarto que refiere a la construcción de sentidos desde la estrecha relación que persiste entre el espacio físico y las dinámicas que en este se desarrollan, pues no deja de ser llamativo un arraigo por el lugar de donde somos, la lucha por la pertenencia y el reconocimiento.

Planteamiento del problema

El presente trabajo no pretende hacer una apología a la violencia que se vivenció en la ciudad de Medellín y su área metropolitana a finales del siglo XX, esa que se construyó a partir de la década de los 60 con la bonanza del contrabando, se manifestó con vehemencia económica en los 70 con el tráfico de cocaína, agudizó su potencialidad violenta en los 80 con la constitución del cartel de Medellín y consolidó y condensa unas bases de organización criminal y delictiva (J. D. Aguilar, 2020, p. 118; Bedoya, 2010), comportamentales y unas formas de apropiación de los espacios en los 90, para pervivir de ahí en adelante en las formas de relacionamiento del cuerpo social que es Medellín y su área metropolitana.

En ese sentido, este trabajo no busca centrarse en el crimen organizado, la delincuencia ni el narcotráfico, y se obliga a una disociación de este con el sicariato y el fenómeno de las bandas juveniles de aquella época; al contrario, busca aprehender de estas dinámicas ese ethos cultural de sus habitantes, sus comportamientos, sus significaciones, sus símbolos y códigos, sus representaciones.

Pues, estas estructuras “delincuenciales” y “criminales” son entre tanto formaciones sociales, donde se replica una organización jerárquica que posibilita la distinción de diferentes actores y su implicación en dicha estructura, así, “personajes como el mafioso y el sicario, que representan arquetipos de la ciudad [...] y, por otra, los «chichipatos o la gente de barrio, mucho más anónimos y marginales, que prácticamente no han sido objeto de atención” (Cárdenas Echeverri, 2019, p. 77) son figuras que encuentran entre sí una consonancia.

Ahora bien, este planteamiento busca sintetizar una serie de reflexiones académicas que tuvieron lugar en diferentes momentos de mis cursos en sociología, mismas que se han conservado con constancia y continuidad; estas reflexiones han estado muy asociadas a algunos fenómenos delictivos y criminales que se han manifestado en diferentes periodos temporales en la ciudad de Medellín. He problematizado estas discusiones desde diferentes perspectivas analíticas y teóricas, especialmente porque estos fenómenos y momentos están en una constante imbricación con otros factores: culturales, económicos y políticos, que se entrelazaron y mezclaron, dejando así, una marca muy acentuada en lo que se refiere a las formas en las que los individuos se relacionan en esta ciudad, es decir, sobre sus bases de socialización y la

configuración de lo que podría nombrarse como una genética societal, un ethos barrial de esta ciudad y su área metropolitana.

La exposición de estos momentos servirá para dar cuenta de una linealidad, madurez y delimitación que estas reflexiones han tenido a lo largo del tiempo, que si bien con muchas aristas, este escrito sirva para ilustrar, evidenciar o explicitar esas orientaciones, vocaciones, comportamientos, formas de ser, actuar y mostrarse de los individuos de esta ciudad.

Es así, como el primer momento de reflexión sobre estas manifestaciones “delincuenciales” de la ciudad de Medellín se centró en describir cuáles eran las dinámicas de empleabilidad que se asociaban al tráfico de drogas, centralizando la figura del sicario. Esta orientación fue influenciada principalmente por las reiteradas noticias sobre grupos delincuenciales y capturas de sus miembros que se han hecho comunes en Medellín y Colombia.

Este acercamiento permitió comprender la imprecisión del concepto de narcotráfico, la condición mafiosa de estos grupos, en cuanto que, actualmente tienen una orientación política, empresarial, organizacional y regional, y sobre todo su carácter histórico. Este fenómeno no es el residuo de la bonanza marimbera ni surge en el declive de esta; y, en este sentido, el sicariato reducido al acto de matar a cambio de beneficios económicos no era acción nueva de la humanidad y tampoco una invención del principal cartel de la droga de la ciudad, pero con la particularidad de esta dinámica sobre esta región la reflexión oriento hacia la formulación de la siguiente pregunta: ¿por qué la población de esta ciudad, principalmente la masculina y joven se abocaba con tanta vehemencia hacia estas prácticas de muerte?

Puesto que las cifras para entonces eran ocupadas principalmente por jóvenes; esto oriento hacia la busque de su génesis, maduración y procesos de agudización, pues se suponía como un fenómeno nuevo y aislado a las demás problemáticas del país. Pensar en los asesinos a sueldo, asesinos de la moto, gatilleros, pistoleros, sicarios y demás adjetivos que se tenían para estos jóvenes, obligaba directamente a pensar en su accionar y buscar en ello lo novedoso, pues expresiones similares se vivenciaron a inicios del siglo XX con la muerte de Rafael Uribe Uribe (Villa Mejía, 2000), o con los afamados “pájaros” (Betancourt & García, 1990).

Debido que, el concepto de sicario en Colombia encuentra su proliferación y uso en la dinámicas delincuenciales y criminales de la ciudad de Medellín, pero, este hecho que fue

registrado por periodistas y académicos como una nueva unidad de reproducción económica² (Duncan & Eslava, 2015; Schlenker, 2012), una especie de industrialización que traía consigo una característica particular en cuanto a la tecnificación de la mano de obra especializada para usar la violencia, tal como lo propone Aguilar: “El surgimiento de la mano de obra especializada se da a comienzos de los años 80, donde inicia con robos, asesinatos y contrabando, y en la marcha se iban adquiriendo nuevas técnicas y oportunidades de negocio”³ (J. D. Aguilar, 2020, p. 123). Esto traía consigo unos componentes sociales y culturales que fueron permisivos para su proliferación. El contraste de muertes por encargo frente a los comportamientos estadísticos de muertes violentas o por homicidio, se correspondía bien con unas nuevas formas estéticas, unas transformaciones físicas de los individuos y los espacios.

Posteriormente, en un segundo ejercicio reflexivo, guiado en resolver esas primeras incógnitas me enfoqué en la revisión de ese “ser paisa”, pues en términos generales existe un consenso de que el sicariato en Colombia nació al amparo del Cartel de Medellín y Pablo Escobar (su principal referente). En esta reflexión se trataron de ubicar esas marcas de la cultura paisa y su pujanza que quedaban registradas en algunas representaciones pictográficas sobre los individuos de esta región, para así, ver si había una relación de correspondencia entre aquel espíritu de vigor y laboriosidad de los paisas y ese acentuado proceso de violencia que se agudizó principalmente en los barrios marginales de la ciudad a mediados de los años ochenta. Pues si el principal símbolo de referencia de esta ciudad era la industria y el mal llamado narcotráfico es entre tanto un proceso “industrial” (Bovino, 2016, p. 46; Leyva, 2014, p. 128; McDermott, 2018; Perfetti, 1991), abrió paso a la siguiente pregunta ¿qué es eso tan propio de esta región que permitió el desenlace del mal llamado narcotráfico como lo conocemos, donde se hicieron palpables la avaricia, la tenacidad y el afán de lucro? Pues la síntesis de muchos de los trabajos y registros sobre estos periodos violentos se consolidaba principalmente en que los personajes de esta región manifiestan una especie de culto hacia el dinero. No es de olvidar que el sicariato en su definición más pura, es ser un asesino a sueldo.

² Muchas de estas referencias que justifican esto son extraídas principalmente de la cuenta de Facebook de Juan Fernando Ramírez, quien hace un rastreo de los asesinos de la moto en la prensa, muchos de estos cubrimientos se condensan en las publicaciones de la revista *Semana* para la época.

³ Aunque comparto la cita del autor, creo que su referencia temporal no es acertada. Pues, el proceso de especialización de criminalidad y delincuencia común se gesta incluso en los campos colombianos, en el bandillaje rural, en el contrabando e incluso, en el proceso de confrontación armada de la nación encarada hacia fines políticos.

Así, esta reflexión, permitió el paso a la problematización de aquella figura, la del asesino a sueldo, la del sicario. Pero, al revisar los registros documentales y de prensa, esta corta y precisa definición mostraba o marcaba una particularidad para este proceso en la ciudad de Medellín, particularidad que se enunciaba en la forma de nombrar a estos sujetos. Para esta ciudad, el sicario no era solo el asesino a sueldo, sino que era: el pillo, el matón, el pistoloco, el muchacho de la esquina, las bandas y los combos, en términos del lenguaje cotidiano, todo aquel al que se suponía estar en capacidad de matar (Ortiz Sarmiento, 1991), pero para el lenguaje institucional e informativo, estos eran los asesinos de la moto, el asesino joven a sueldo, una especie de sinónimo para la definición técnica global.

En este momento me percate de que mis intereses siempre se habían orientado a establecer cuáles eran aquellas cualidades del sicariato y “narcotraficantes” del ayer y el ahora. Con este foco, el problema se fue redireccionando, pues el nombrar al sicario como sinónimo de asesino de la moto le daba a este concepto una definición más simbólica, la cargaba de sentido y la diferenciaba de procesos similares, con un carácter más discursivo y práctico. Esto obligó a pensar en términos comparativos, pues si al hablar de un actor y el otro, de nombrar de una manera o la otra cambiaba la realidad, si se hacía referencia a los mismos hechos, como si estos no hubiesen cambiado en el tiempo, como si estas dinámicas se hubiesen petrificado y, sobre todo, si en realidad solo se habían gestado en esos convulsos años del cambio del siglo.

En consecuencia, se abrió paso al que sería el tercer momento reflexivo; donde discurrí por definir qué era lo sicario; el por qué aún se hablaba de esa, la herencia de Pablo; pues en aquel momento al coger cualquier reporte de prensa sentía que se referenciaban a los sucesos actuales como si se tratasen de aquella época, que aun en lo discursivo de lo político y la prensa se hablaba como si se tratase de lo mismo. Al pensar si era lo mismo, me preguntaba sobre los índices y las cifras, pues estos no manifestaban el mismo patrón y continuidad, pues, a principios de los noventa (años 1990-1993) Medellín tuvo una de las cifras de homicidios más altas del planeta (6.809), luego la evolución de esas cifras en Medellín alcanzó reducciones considerables: 771 en el 2007, 1.251 en el 2012, 925 en el 2013, 658 en el 2014 (Dávila, 2016). Esto me orientó a buscar sobre qué era eso que había sucedido en esa época, principalmente entre 1985 y 1993, inicio y fin de la feroz guerra entre el Cartel de Medellín y el Gobierno de la Nación.

Empecé entonces a rastrear cuáles elementos de esos años aún se presenciaban en esta época, buscar cual era la similitud. Pensar en el asesino de la moto, me permitió encontrar que sí

persistían elementos de aquellos sujetos, pues lo que simboliza para un joven de barrio hacerse a su primera moto y la forma de lucirla y mostrarla, la manera de adoptar ciertos movimientos al manejarla, una especie de retorcidas que les permiten ser más ágiles a la hora de conducir y acelerar. Este hecho, venía también acompañado de como aún se habitan esas esquinas y de otros elementos, pero hoy por hoy los muertos ya no son tantos.

Esto me llevó a pensar en términos de lingüística y práctica, pues los ademanes, la jerga, las formas de relacionarse y vestirse, el ser “nea”, me llevaron a titular aquella reflexión como: Retórica en la racionalidad práctica de los jóvenes de Medellín: El visaje como herencia del sicariato de finales del siglo XX a una sicaresca del comportamiento permitiendo esta reflexión dar unas primeras pinceladas para conceptualizar el visaje.

Todas estas reflexiones han sido más que necesarias para entender que la edificación de esa especie de genética que es propia de Medellín, especialmente de los barrios marginados y estigmatizados, no se correspondió a un proceso unilineal y sucesivo, pues estas arraigadas formas de violencia se activaron y desactivaron durante toda la segunda mitad del siglo XX. El periodo definitivo y de mayor relevancia fue entre 1985 y 1993, donde se agudizó, desenmascaro y se proliferaron estas dinámicas que tras la muerte de Pablo Escobar inicia su declive y cierta extinción. Que el espacio y el tiempo social de esta ciudad se desarrolla en una imbricación constante, donde desarticular cada momento es ilusorio, pues la comprensión de una de esas décadas obliga a la comprensión de todas, que Medellín no es una, sino muchas unidades de sentido que se ha transmitido significativamente según el lugar y el momento que obliga a la manifestación de la acción de los individuos a una y otra forma, pero que aun así condensa una particularidad en cuanto a propiedad y orgullo, que es reductible a las dinámicas de identidad, exposición, recreación y proyección de los habitantes de esta ciudad.

Estos signos y marcas, hoy por hoy se proliferan con fuerza en lo que se consume y el cómo se consume, es decir, los espacios y sus dinámicas; los estereotipos de las movidas artísticas, la música urbana, los raperos, la vestimenta y la moda. Que son marcas que se manifestaron y articularon en aquellos barrios periféricos de la ciudad, pues esas formas de habitar las esquinas, aunque ya no son las mismas en cuanto no son tan violentas directamente siguen siendo unidades de encuentro y sentido, esa es la forma de llevar ese barrio, de abducir la pertenencia y que el barrio ya no es un complejo espacial pequeño, sino que es propiamente “Medallo”: sus calles y su gente.

Con todo lo anterior se busca responder a la siguiente pregunta:

¿Existe un ethos identitario que permita hablar de la genética, el agenciamiento y enraizamiento del visaje en la ciudad de Medellín como su representación cultural más pura y colectiva? ¿Es acaso el visaje una trasmutación de los valores antioqueños hacia un ethos identitario de la Antioquia moderna?

Objetivos

Objetivo general

Comprender el desarrollo histórico de lo que hoy se conoce como visaje en la ciudad de Medellín.

Objetivos específicos

- Identificar históricamente los valores y significaciones del ethos antioqueño.
- Describir los códigos de agenciamiento y socialización que permitieron la constitución de una figura llamada sicario.
- Conceptualizar el visaje.

Diseño metodológico.

¿Cómo investigar una época que se supone está muerta?

Comúnmente en la historiografía se alude a los procesos sociales como momentos y hechos específicos que se desarrollan en un tiempo dado, que de ahí se desprenden algunos cambios que son el sustento aprehendido por los sujetos para reproducir su existencia de manera diferente, es decir, las rupturas que se dan en la consideración de un tiempo lineal. Pero la historia no es solo un registro de hechos pasados, sino también una interpretación de estos.

En este sentido, reconocer los procesos sociales como muertos es despojarlos de cualquier rasgo y determinación contextual, es la anulación de una evolución y continuidad temporal para el presente; dado que, estos solo podrían ser ilustrados y visualizados aisladamente. ¿Acaso podemos aislar el presente y separarlo del pasado y del futuro? Por esta razón, se considera pertinente que la mínima referencia hacia una época permite dar cuenta siempre de un proceso violento, entendido como la activación de una serie de acciones que repercuten en la materialidad y las representaciones del mundo, la dinamización de los sentidos, como hecho de producción y coproducción de significados; la referencia a la violencia también induce al cuestionamiento sobre las transformaciones en cuanto esta palabra marca la ruptura, el inicio y el fin; lo que fue, lo que es y lo que posiblemente será, pero ¿Qué es lo que se transforma?

Por consiguiente, esta investigación se desarrollará desde una perspectiva sociohistórica considerando la interpretación como un proceso fundamental para la comprensión del pasado, ya lo diría Giambattista Vico, “el sentido común cambia de una cultura a otra de modo que no se puede comprender la mentalidad de personas de otros tiempos y lugares sin una cierta dosis de hermenéutica” (Crease, 2019, p. 104). En este sentido, la hermenéutica reconoce que el pasado no puede ser recuperado en su totalidad, pero sostiene que es posible acercarse a él a través de la interpretación de los vestigios y huellas que ha dejado.

De esta manera, la interpretación crítica de las fuentes disponibles permitirá comprender el desarrollo del pasado y sus efectos en el presente, brindándonos así una perspectiva más amplia y compleja; teniendo en cuenta que la influencia de la época de los sicarios y la proliferación del narcotráfico ha sido ampliamente estudiada son pocos los hallazgos que

establecen una continuidad entre las bases de socialización, significación espacial y cultural en la ciudad de Medellín y su área metropolitana.

Metodología.

Este trabajo se asume desde un enfoque cualitativo de la investigación social, a partir de una mirada sociológica de tipo hermenéutica, puesto que esta busca establecer patrones de relaciones que permiten la organización social y sus formas en busca de la significación atribuida por actores; la hermenéutica reconoce que el pasado no puede ser recuperado en su totalidad, pero sostiene que es posible acercarse a él a través de la interpretación de los vestigios y huellas que ha dejado.

En consecuencia, para Galeano Marín (2012) la investigación social cualitativa busca la comprensión de la realidad como resultado de un proceso histórico que es construido desde los sujetos, donde se acentúan las singularidades y particularidades de un conjunto diferenciado de procesos en el que los individuos pueden verse inmersos.

Ahora bien, continuando con Galeano Marín (2012), para ella la investigación social cualitativa se posiciona como un enfoque diverso, puesto que, los procesos sociales también lo son; en este sentido, se excluye cualquier criterio estandarizado de estrategias, debido a que, el énfasis de estos estudios está sobrepuesto en la valoración de los sujetos y sus formas de expresión y producción social, expresado principalmente en lo cotidiano y cultural.

De ahí que, la investigación documental y la teoría fundada como estrategias de investigación hayan estado constantemente imbricadas. Por un lado, es un tanto investigación documental, por la orientación hacia las fuentes de construcción de sentido; por el otro, es un tanto teoría fundada, debido a que esta se concibe como una forma de pensar y emitir conceptos acerca de los datos, ya sean desarrollados en forma de teoría, hipótesis y proposiciones, que se presentan en un escrito contextualizado, descriptivo y conceptual. (Galeano Marín, 2012, p. 165)

Este trabajo toma por fuentes primarias las producciones literarias y fílmicas, gracias a que, estas permiten ver las formas de composición social: creencias, acciones y mentalidades; en este sentido, estas producciones permiten aprehender los valores y el *espíritu de la época* sobre la que se escribe; que en linealidad con Restrepo Jaramillo (2019) al considerar que, “la historia escrita como la historia audiovisual constituyen actos de interpretación articulados a los contextos

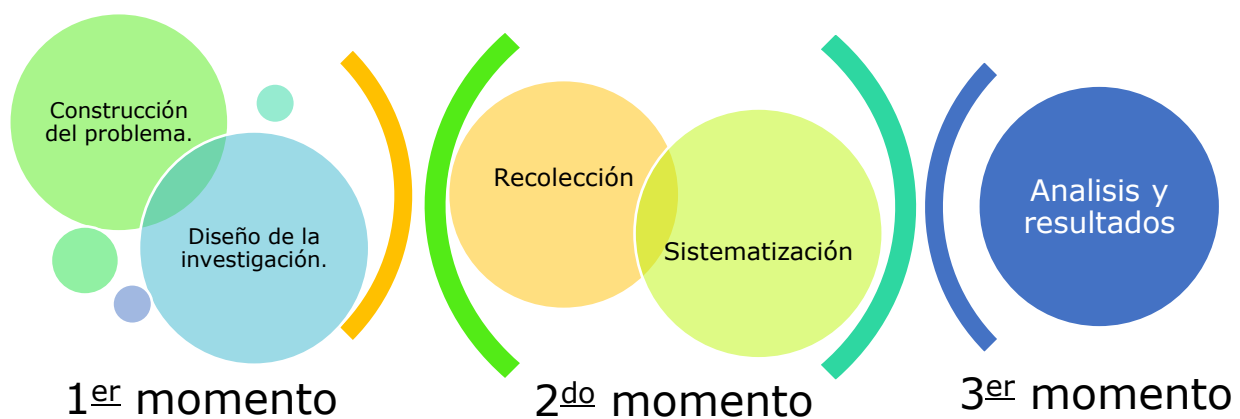
de producción y, en ese sentido, pueden hablarnos tanto del presente en que son producidas, como del hecho histórico que intentan evocar” (2019, p. 12), pues estas al intentar reconstruir y captar imaginarios y escenarios, se nos presentan entonces como un hecho social, puesto que esta también tiene efectos sociales.

Proceso metodológico.

Si bien, todo proceso de investigación por lo regular se ve sometido a una revisión documental en ocasiones *a priori*, el desarrollo de esta se llevó a cabo en tres momentos fundamentales para la construcción del problema y el análisis de este. Así mismo, se vio inmerso en múltiples momentos de reflexión, dotándola de características de la teoría fundada, donde en realidad los diferentes momentos del proceso llevaron al replanteo constante de cada uno de los momentos, adquirió pues, esa característica de la investigación cualitativa sobre su flexibilidad y creatividad.

De ahí que, este proceso investigativo respondió a una linealidad procedimental y constitutiva, tal como puede observarse en la siguiente figura:

Figura 1
Proceso investigativo.



Estos momentos, si bien estuvieron marcados en fases de cumplimiento, presentaron entre sí características cíclicas, donde el proceso de análisis fue también pilar para la construcción y el diseño de investigación. Cada momento es presentado como tal porque guarda en sí un peso

fundamental en el proceso investigativo; sin embargo, sus límites en algunos momentos se difuminaron, puesto que, en cada una de las fases hubo momentos analíticos, de constatación y adecuación, por ejemplo, documentos que se revisaron en el segundo momento sirvieron para potenciar el planteamiento y el diseño.

1^{er} momento: construcción y diseño de la investigación.

Esta investigación se inició principalmente por una serie de hipótesis e intuiciones que devienen de *observaciones naturales*, es decir, de la racionalización individual que he tenido sobre diversos procesos que he vivenciado en el Valle De Aburrá, lugar donde he vivido desde mi nacimiento.

Nací en medio del tránsito violento y “aspiracional” que ha vivenciado este territorio, en lo que muchos podrían llamar el declive de la violencia en la ciudad de Medellín; mi universo vivencial y experimental se da en lo que para algunos ha sido la época gloriosa de estas tierras, la domesticación de esa violencia, “su extinción”.

Crecí motivado por aquella figura masculina que poseía un vehículo y estaba rodeado de las mujeres más lindas de mi barrio; el valor de hombría que se inculcaba era robusto, riguroso y exacto, solo hay una manera de ser. Este valor, esta fijación, esta referencia es aún perceptible; quizás, apenas hasta ahora se ha ido difuminando y desvaneciendo producto de la alta liberalización, diversificación, empoderamiento y visibilización que se les ha dado a otras formas de ser, otras formas de expresarse, a esas maneras solapadas y ocultas de sus habitantes, que en estas tierras se le asemeja a un *enclosetamiento*⁴ asiduo, a decir, sus habitantes han aprendido a salir del “closet”.

De ahí que, la subversión de estos valores y virtudes paisas tambalea en una dimensión real de las relaciones que este teje con sus coetáneos ¿El paisa es un tramador, un engañoso que

⁴ El termino de *enclosetamiento* hace referencia al *closet*, que es un mueble donde han de guardarse los artículos personales de las personas. Así, esta referencia arguye al ocultamiento algo que es muy característico de la persona, que no puede ser visto por el múltiple de presiones sociales que en medio de ciertas decisiones y orientaciones pueden tener en sus espacios de socialización. Es habitualmente usada para describir orientaciones sexuales “salga del closet” o “salió del closet”, se dice sobre aquella persona que manifiesta una orientación sexual contraria a su género como correspondencia de una interposición social. Acá el termino es expresado de manera más genérica, pues no son solo las orientaciones sexuales son las que han de estar ocultas en los individuos; pues, en estas tierras pretender otras formas de ser es por aquiescencia la posibilidad de un escarnio público, un juicio social.

actúa bajo una lógica individual del favorecimiento propio? ¿el paisa tumba a su vecino, el paisa es un convencido y fiel moralista de puertas pa'dentro, pero, qué hay puertas pa'fuera? ¿es un ser irresoluto, un ser amante de lo clandestino, un experto ocultista de su truculenta personalidad?

En este sentido, estas pesquisas motivacionales e iniciales buscaban describir y constatar ese tránsito que se supone sobre lo aspiracional en esta región, que por demás siempre ha de manifestar una sólida estructura de jerarquización y glorificación de individualidades que logran destacar entre los tantos habitantes de esta región, sin importar el ámbito de acción y reproducción social en el que se desenvuelva.

Bajo estas premisas se realizaron diferentes acercamientos hacia uno de los fenómenos que más incidencia ha tenido sobre el desenvolvimiento histórico de la ciudad de Medellín y su área metropolitana, el sicariato. Pues bien, estas búsquedas se iniciaron en referencia al fenómeno del narcotráfico, especialmente buscando hallar relaciones directas entre este acontecimiento y su incidencia en la composición social y cultural de esta región.

Estos acercamientos, refieren principalmente a la producción académica extraída de diferentes bases de datos (Dialnet, Scielo, Jstor, Proquest y Doaj) adicional a todas las referidas cuando la búsqueda se apoyaba en Google Scholar, también, se buscó producción académica en repositorios institucionales, principalmente en el repositorio de la Universidad de Antioquia, en Catalejo (anteriormente OPAC) y el repositorio de la Universidad Nacional.

Estas fuentes fueron consultadas con criterios genéricos y básicos de búsqueda, como:

Tabla 1

Criterios de búsqueda en fase de exploración temática.

Criterios de búsqueda.
- <i>Cultura juvenil en Antioquia.</i>
- <i>Cultura mafiosa y traqueta.</i>
- <i>Espacio y violencia.</i>
- <i>Estéticas de Medellín.</i>
- <i>Medellín y violencia urbana.</i>
- <i>Narcotráfico & Medellín.</i>
- <i>Narcotráfico y sociedad.</i>
- <i>Sicariato Medellín.</i>
- <i>Violencia y urbanización.</i>

Cabe anotar, que gran parte de esta exploración se iba retroalimentando con cada uno de los criterios, generando combinaciones entre cada uno de ellos con la finalidad de explorar a profundidad cada una de las fuentes de consulta; pues, la intención era encontrar la mayor cantidad de información sobre esos sucesos y sus relaciones. Por último, no se establecieron cortes temporales para la pesquisa inicial, esto con el fin de ubicar literatura y producciones que permitieran el establecimiento de diferencias interpretativas marcadas por la época de su producción.

Paralelamente a este proceso de búsqueda se estableció un proceso de selección y clasificación, valiéndose en lecturas rápidas, donde se primaba sobre el título y su cercanía con la región que se analizaría, sin embargo, esto no excluyó la selección de literatura que referenciara otras localidades del continente, pues este material serviría como cuadro comparativo y de afinamiento conceptual y temático. Para esto se usó una *matriz de revisión de literatura*, donde se tomaron los títulos, año de publicación, resumen y las palabras claves.

Con lo anterior, se elaboró una matriz de clasificación bibliográfica y referencial (**ver Anexo 1**), donde se almacenaban según los criterios establecidos en la matriz, y fueron referenciados por un código de colores según fuera su relevancia referencial, de la siguiente manera: la literatura académica producida entre 1990 y 1995 (no se encontró producción académica relacionada con la temática anterior a esta fecha) se marcaban principalmente con el color verde y con ellos se buscaba una reconstrucción del contexto de su producción; las filas resaltadas en color gris referenciaban que era literatura de obligatoria lectura, principalmente porque cumplía con el criterio de producción sobre Medellín, y ocupaba el tema y guardaba una relación muy estrecha, eran principalmente los trabajos centrados en el fenómeno del sicariato y del narcotráfico con focos de análisis a cuestiones culturales; los documentos marcados con azul eran aquellos documentos que guardaban una relación temática pero analizaban casos y contextos externos al objeto de este trabajo; y en amarillo toda esa serie de documentos que se descartaban de la revisión inicial, pero aun así se conservaron.

Los documentos seleccionados fueron revisados a profundidad, donde se usaron fichas bibliográficas y el uso de la herramienta de Atlas ti. El resultado de esta información se cruzó con las hipótesis e intuiciones, permitiendo así, la construcción del problema de investigación, la formulación de preguntas y el establecimiento de unos objetivos que acompañarían el proceso

investigativo. También sirvió para afinar más los criterios de búsqueda y selección en el segundo momento.

2^{do} momento: recolección y sistematización de la información.

Si bien la recolección de información acompañó todo el proceso investigativo, es en este momento donde mayor relevancia tuvo. En la medida que, es en este punto donde se establecen relaciones y distinciones sobre toda la producción académica y literaria, clasificándola de acuerdo a su unidad temática y aporte comprensivo (tal como se encuentra en la columna de categoría general en el **Anexo 1**).

En gran medida, parte de la literatura revisada es extraída y conocida por ser objeto de análisis en un gran número de artículos de investigación, trabajos de grados, tesis de maestría y doctorales, así como una gran cantidad de reseñas y ensayos, que se ocupaban a descifrar la figura del sicario y de lo narco a partir de la producción literaria.

Pues en el primer momento de estructuración, se logró descifrar que existen corrientes de producción académica que se han preocupado mucho por la incidencia del narcotráfico y el sicariato en la vida cultural de los colombianos y los antioqueños, especialmente en todo lo que concierne al lenguaje, la comunicación oral y corporal, las estéticas y la literatura, todas estas siendo parte de un conjunto de representaciones culturales y hábitos; así mismo, se logró hallar su repercusión en diferentes áreas disciplinares, siendo más destacadas los estudios sociológicos y políticos, pero también ha sido objeto de análisis arquitectónicos, filológicos, comunicacionales, diseño, artes, entre otros.

Todo esto ayudó a sensibilizar un poco más sobre la pregunta de investigación y el establecimiento de unos objetivos iniciales. Pues al ver que eran diversas las personas que halaban sobre el objeto problema de esta investigación frente a ciertas relaciones, obligaban a indagar más en procura de hacer las relaciones necesarias que permitieran una comprensión más amplia sobre el tema; esto desde la teoría fundada, era el momento de saturación teórica.

En sincronía con lo anterior y en función de los balances sobre la literatura especializada que se pudo extraer del uso de la matriz referencial, un catálogo de producciones literarias sobre aquella Medellín, sobre aquella ciudad. Muchos de estos ya habían sido analizados en función de la antioqueñidad y todo el sistema de valores que opera en esta ciudad.

Así mismo, todo lo anterior sirvió para definir los criterios de selección de las obras y otorgarles un valor analítico; estos criterios se relacionaban principalmente a una mitigación de ficción, pues se buscaba menos el componente de edición de las mismas, se buscaba más relato testimonial; también la selección por medio de la temporalidad y tipo de producción.

Frente al criterio de validez, se realizó un ejercicio comparativo del lenguaje, se valieron de las observaciones realizadas por otras personas en función a estas producciones y de la revisión de material filmográfico existente en internet, y otra serie de documentales a los cuales se tuvo acceso. Pues se comparó constantemente las descripciones textuales con las presentaciones visuales de estos materiales. Aquí se destacan los detrás de cámara de la película *Rodrigo D' No Futuro* de Víctor Gaviria, “Yo te tumbo, tú me tumbas” (1990) y “Cuando llega la muerte” (Mejía Álvarez & Quintero Rivillas, 1988); así, como un documental producido por la Corporación Región, “Sobre Vivir en Medellín” (Gutiérrez Gómez, 1990).

En este sentido, uno de los principales criterios para la selección de la literatura analizada se fundamentó en función de que su producción comprendiera los años 1985 y 1995, debido a que existe un consenso general en que esta fue la época de los sicarios, misma que ha sido comprendida como la época más convulsa en referencia a la violencia homicida de la ciudad, esta época ha tenido una variedad de calificativos naturalmente en asociatividad con el tráfico de drogas y los carteles, así, son sinónimos para ese periodo: violencia narcoterrorista, guerra del Cartel de Medellín contra el Estado, la guerra de Pablo, entre otras.

No obstante, cabe reconocer que la literatura sobre el tema es amplia y su producción en muchos de los casos ha tenido una alta circulación y difusión, aun así, se seleccionó aquella donde la voz es principalmente la de los habitantes, y su grado de ficción y acomodamiento es más bien bajo. Pues, el punto clave de esta problematización, era ocuparme de esos individuos en su cotidianidad, en lo que hay detrás de sus armas y la acción de matar, en sus escenarios de socialización y significación.

Aunque es muy difícil hallar esto en las obras y producciones de la época y sobre la época, si quedaban algunos registros sobre su congregación y cotidianidad, aunque se siga pensando que estos pelaos que “vivían a lo loco” (a decir de Víctor Gaviria) siempre estaban en escenarios rodeados de adrenalina y muerte, de despilfarro en el gasto, de inhumanidad y otras cosas, esta realidad sobre las historias, conduce a pensar en otras formas y continuidades en las maneras relacionarse.

Cabe anotar, que muchas historias sobre las hazañas de estos sujetos se relatan con cierta intención de heroísmo y mitificación, cuando la realidad era que muchos de ellos eran hasta torpes para matar y para robar, los medios de producción fílmica nos han hecho algo de daño. Lo que se piensa de estos sujetos y se les atribuye suele estar muy alejado sobre lo que estos piensan de sí y sobre sí; de modo similar, Schlenker (2012) diría que: “Lo que se sabe del ‘sicario real’ está estrechamente relacionado con lo que en los distintos productos culturales se dice a través del ‘sicario de ficción’ [...] construyéndose pues una suerte de narraciones y comportamientos ficcionales”. (2012, pp. 42-45); igualmente Jaramillo Morales & Restrepo Uribe (2020) encuentran una brecha narrativa entre los jóvenes que pertenecen a un grupo delincuencial y entre quienes no.

Aquí veo que parece ser un relato medio heroico en el que se ve a estos jóvenes llenos de ciertas capacidades (más dinero, mayor acceso a interacción con mujeres, valor, etc.), las cuales, aunque no parecen ser elogiadas o anheladas por aquellos que no están cerca de la violencia, son puestas como estáticas y totalmente “coherentes”, principalmente en lo relacionado con el tema de las mujeres, las drogas o las sensaciones de adrenalina. Sin embargo, los que estuvieron involucrados en estas dinámicas, aunque reconocen con cierta añoranza lo que lograban en los parches alrededor de la violencia, nunca dan cuenta de estas representaciones con las que son relatados, más bien parecen contar desde los miedos y encierros que producían estas prácticas. (Jaramillo Morales & Restrepo Uribe, 2020, p. 152)

En este sentido, tener este panorama sobre las formas en que se narran y se cuentan las historias desde los actores, permitió establecer filtros y controles de interpretación; la intención era captar en lo más puro. Aun así, estas formas de exageración en las historias fueron de suma importancia, pues estas permitían establecer cuál era el nivel y necesidad de los individuos de aquel entonces en sobresalir, en aparentar y mostrar otra realidad.

Después de una revisión exhaustiva sobre la diferente literatura, se procedió a la selección de tres obras para hacer análisis a profundidad; esta decisión se fundamentó en función de los

tiempos que se tenían para el desarrollo de este trabajo, gracias a que el volumen literario es muy extenso, y las aristas temáticas también lo son⁵.

Las obras que se sistematizaron a profundidad fueron las siguientes:

1. **La génesis de los invisibles. Historias de la segunda fundación de Medellín, Salazar Jaramillo (1996):** Por contener carácter testimonial, similar a *No nacimos pa' semilla* son las vivencias e interpretaciones de quienes narran las historias, sus reflexiones, principalmente por que fueron personas que estuvieron ahí para vivenciar los cambios.
2. **Medellín es así. Crónicas y reportajes, Aricapa Ardila (1998):** Este libro recoge historias de Medellín y el Valle de Aburrá durante 1985 y 1996, pues se consagra como una fiel radiografía de aquella época, “Es pues, si se quiere, la reconstrucción de una de las décadas más intensas y decisivas que en todos los órdenes ha vivido (o padecido) la capital antioqueña” (1998, p. xvii).
3. **Aranjuez, Mesa Sepúlveda (2023a):** Si bien no es la primer obra del autor e incluso su libro *la cuadra* (2016) que es un trabajo más abocado a la figura de esos jóvenes *sicarios*; En esta obra el autor realiza otro ejercicio de memoria, que sitúa y conecta los hechos del pasado como elementos constitutivos del hoy

Esto no excluyo el uso de bibliografía secundaria que permitiera forjar sentido y análisis sobre las mismas. Así mismo estas obras se catalogaron y ficharon según el **Anexo 3**.

Adicional, se logró tener una conversación con Gilmer Mesa, donde se abordó principalmente la cuestión del ethos, los sicarios, la estética, lo narco y la antioqueñidad.

⁵ En el transcurso, se logró identificar que mucha producción literaria y fílmica desarrollada en Medellín, esta intrínsecamente transversalizada por este fenómeno, así el desarrollo narrativo del producto estuviese centrado en otra temática; esto también sirvió para validar y justificar el peso y la incidencia que aquellas dinámicas “delincuenciales” de finales del siglo tuvieron sobre la ciudad y sus habitantes.

3^{er} momento: análisis y resultados.

En consecuencia, con el 2^{do} momento, se realizó una fragmentación de los textos, de donde se extrajeron citas que fueron dispuestas en una matriz de análisis y triangulación (ver **Anexo 2**). Esta fragmentación, permitió la agrupación de las citas de acuerdo a los ejes temáticos principales: antioqueñidad, el visaje, sicariato, violencia y espacialidad.

Esta triangulación fue posible gracias al agrupamiento de las citas según fuera la coincidencia categorial, pues muchas de ellas no expresaban una relación directa con la categoría asignada, de tal manera que fueron emergiendo relaciones y, estas, a su vez eran nutridas con la bibliografía secundaria.

Esto fue posible, gracias a que en el transcurso de toda la recolección y sistematización se realizaron análisis visuales, de fotografías e imágenes con alta circulación en internet, el análisis de contenido de las obras seleccionadas, y adicional, el análisis del discurso sobre el lugar de enunciación de aquellas que se basaban en relatos testimoniales y las reflexiones de Gilmer en Aranjuez.

Adicional a las matrices se utilizó un gestor bibliográfico que permitió generar etiquetas en la literatura de segundo orden, con el fin de agrupar y triangular la información obtenida de la literatura realizada y la conversación con Gilmer Mesa; así, como también facilitó el momento de escritura. Sin ir más lejos, este es el momento final de la investigación, que consistió principalmente en sintetizar los hallazgos para luego ser presentados.

Estado del arte.

Consideraciones metodológicas.

Es sabido pues, que la investigación es entre tanto captar explicaciones ocurrentes, pues deviene del hecho en que se deben construir y afinar instrumentos para la captación de la misma. El estado del arte es entre tanto otro instrumento más de la investigación.

Como atañe a toda presentación de estado del arte, este se supone como una sección de los hallazgos preliminares a la consolidación del tema y el problema por los que debería ser sometida toda investigación. Pues, esta búsqueda, selección y revisión documental tienen como objetivo delimitar y explorar los vacíos sobre el conocimiento de una temática particular. Así, este apartado ofrece pistas sobre los instrumentos y las claridades necesarias para toda presentación de problemas. Este hecho obliga a dos cosas: 1) revisión inicial del tema de interés y 2) el perfilamiento de nuevas búsquedas, un poco más elaboradas y precisas. Plantear el problema ya supone una revisión, relacionamiento y sistematización de este.

El estado del arte debe tener un sentido y por tanto no se debe petrificar a los autores que se hayan revisado, ellos pueden conversar en diferentes secciones. En mi caso, lo “novedoso” es el visaje, de esto nadie habla, pero sí de sus estéticas, la incidencia cultural del narcotráfico, la antioqueñidad y su ethos: la pujanza paisa, mismos bloques temáticos que me permitieron llegar a eso.

Hacia una etimología del visaje.

Para la página de Etimologías de Chile, la palabra visaje encuentra sus referencias en el idioma español como un préstamo del francés *visage*, que designa “gesto del rostro” o “gesto raro”. Siendo este vocablo francés un derivado del latín *vis* (cara, rostro) de *visus* (apariencia, mirada, aspecto)⁶ y *age* del latín *aticum*. Este latín registra su adaptación al romance *visagium* en la expresión *visagium falsum* (máscara). (Anders & et al., 2001)

⁶ Según definición diccionario RAE 1914.

En este sentido, la palabra visaje es definida en diferentes contextos del habla hispana como un “movimiento con que se expresa algo” o “movimiento exagerado del rostro por hábito o enfermedad” (según la última actualización de la Real Academia Española); por su parte, la Asociación de Academias de la Lengua Española, lo define: 1. m. Mx, Co:O, SO, C. juv. Gusto o inclinación por exhibirse y sobresalir. pop.; y 2: m. Ve. Visión fugaz.

Por otro lado, esta palabra encuentra su definición en el diccionario de antioqueñismo de Jaramillo Restrepo (2009) como: 1. "**visaje**. Mueca; *está haciendo visajes*, decimos del que se asoma a hurtadillas." (2009, p. 161) y 2. "**fiero (s)**. Terrible o atroz; visajes o muecas del que no quiere dejarse ver: por ahí anda haciendo fieros" (2009, p. 71).

Lo que es claro, es que la palabra visaje encuentra raíces muy antiguas y no ha estado delimitada ni por regiones y contextos específicos, tanto así, que también encuentra su expresión y definición en el idioma inglés, donde su traducción directa es el *grimace* o *visage*, que se relacionan a expresiones con el rostro: Grimace s. grímés. Visaje, gesto, mueca. / Cara de dos haces, hipocresía, aire de afectación, disimulado; “Horrrifying Visage” (Rostro horrible); "bruñirse visage" (rostro bruñido); “Visage Imaging” (imágenes de rostro); his visage contorted in anguish, Vernet's visage turned ice-cold, como puede observarse, siempre han de aludir al rostro. Igualmente, esta palabra es tomada en cuenta en referencia siempre a la descripción de una acción que realiza un individuo en una situación cualquiera.

En esta búsqueda inicial, sobre la expresión, se buscaba constatar cual era su definición fuera del contexto objeto del presente análisis; esto sirvió para establecer patrones referenciales y para perfilar el afinamiento de la búsqueda y comprensión del mismo; así, el visaje es definido como una “observación del ambiente, de un lugar, para decidir cómo se debe actuar. Situación de peligro por movimientos sospechosos de los enemigos” (Villada Vélez, 2020, p. 62), “sobrexposición, espiar u observar con atención”, de acuerdo con la recopilación realizada por Andrés Ospina (2016); así como “alguien que no evita llamar la atención. Y, a su vez, alguien que levanta sospechas. Aquel que da visaje es un visajoso (a). *Mejor demos la vuelta por esta cuadra, porque hay unos tipos con un visaje horrible en esa esquina*” (Osorio Ospina, 2018, p. 70).

También su referencia es perceptible como un enmascaramiento, como un fantasmas (Viana Pereira & Pacheco Sicsú, 2019).

¿Cuánta máscara —y bajo esa, otra— usamos Sobre la cara de nuestra alma? ¿Y cómo, Si, en autoburla, palpa al fin sus rasgos, ¿Sabe que no es la última y sí su rostro? Nada hay bajo la verdadera máscara, Pero, enmascarados, los ojos miran. Tarea en que cada conciencia trabaja La rutina de la obra al ocio liga. Plural por los espejos, se ve la niña Asustada; así, el alma pierde imagen, *El visaje a la otredad falsifica*. Y un mundo de su causa olvidada hace. Ilusos, la máscara al alma quitemos: Mentirá otro desenmascaramiento. [énfasis agregado] (Bustamante et al., 2013, p. 51).

En ese extracto de poema que pertenece a Fernando Pessoa, nos encontramos con un visaje que es sobre puesto como un colectivo, hacia una exterioridad que se nos muestra oculta, tal como es presentado por Balázs (1993):

La expresión de la masa que no es reconocible en uno o en otro individualmente, sino en todos los visajes en común. Y esto es lo esencial. No cómo desaparece uno en la multitud, sino cómo la masa aparece en el individuo. (1933, p. 122).

Para concluir, es válido afirmar que la referencia al visaje es un enmascaramiento corporizado, un gesto que no es reductible al rostro, es una superficialidad sin fonde, es mostrarse de manera diferente, es ante todo una actitud, a decir, alude a la percepción y observación, como al ocultamiento y el engaño y a la apariencia corporizada.

El visaje en la literatura.

Como se concluye en la sección anterior *el visaje* es un concepto que alude a las expresiones, a los gestos, es esa suerte de apariencias corporizadas. En ese sentido, el visaje también ha sido parte y ha ocupado un papel secundario en la diferente literatura creativa y académica que intenta dar cuenta de aquellas formas en cómo se desenvolvían los espacios y mecanismo de socialización en esas décadas de transición hacia la modernidad.

De esta manera, la ciudad de Medellín ha sufrido de manera acelerada transformaciones muy profundas en sus estructuras sociales, que si bien se remontan más allá de las dos últimas décadas del siglo XX, se han hecho más palpables durante ellas, han sido visibles la aparición de

nuevas prácticas sociales y de valores que configuran y expresan las dinámicas locales contemporáneas, asistiendo a una clara descomposición de las antiguas formas de vida de la “antioqueñidad” como proyecto social cohesionador, definido a partir de instituciones como la familia patriarcal, el trabajo “honrado y disciplinado”, formas de acatamiento y obediencia social definidas por el lugar central y jerárquico de los adultos, y el poder de la Iglesia y los partidos políticos con sus pautas de orden y moralidad (Jurado, 2003).

Indagar sobre el visaje, es realizarse preguntas por su carácter articulador y su existencia, es sobre todo, el qué y cómo se expresa. Pensarlo como un rasgo característico de los habitantes de la ciudad de Medellín obliga al razonamiento de las implicaciones de la antioqueñidad como entramado cultural de esta ciudad. Así pues, el visaje se constituye como un algo de ese entramado más amplio, se ubica en una condición actual de los habitantes, a decir, sobre la modernidad y la urbanidad.

Para Jurado (2003) lo moderno ha implicado en Medellín al igual que en otras regiones, la aparición de nuevas formas de socialización de las nuevas generaciones jóvenes, cuya procedencia es propiamente urbana, mismas que escapan a la injerencia ordenadora de los tradicionales poderes éticos de la Iglesia católica, los partidos políticos y aun de la familia; en tal sentido, la “crisis” ha podido entenderse como un cambio cualitativo inherente al mundo moderno, y no como un momento insuperable o una coyuntura específica de la historia.

Si bien, la definición de esta palabra se ha ajustado a una variación de significado según sea el trabajo (texto) que lo aborde, su definición no se aleja mucho entre una y otra. Así el visaje es considerado como una “*mueca*: está haciendo visajes, decimos del que se asoma a hurtadillas”, también aludiendo a una actitud: “*fiero* (s). Terrible o atroz; visajes o muecas del que no quiere dejarse ver: por ahí anda haciendo fieros” (Jaramillo Restrepo, 2009, pp. 71 y 161); como un engaño (Naranjo & Salazar, 2022); “Mirar demasiado. Mostrarse. Crear una situación incómoda o comprometedor para alguien” (Salazar, 2018, p. 192).

Del mismo modo, el grueso de las apariciones de esta palabra en la literatura se encuentra naturalmente en entrevistas realizadas a jóvenes de la ciudad, se podría decir que su primer registro se dio en *No nacimos pa’ semilla* de Alonso Salazar, donde esta palabra aparece tres veces: “es que anduve mucho tiempo en medio del visaje” (2018, p. 73), “Cada uno llegó a su casa para dar mucho visaje” (2018, p. 77), “yo pillé el visaje de los locos y de una subí al camarote a manearme y a buscar las amistades” (2018, p. 93).

En este sentido, el visaje siempre está expresando una acción narrada por el interlocutor, así también es perceptible en Lotero (1991): “Nadie daba visaje de nada” (1991, p. 40), “los visajes rodeaban la calle” (1991, p. 33) y “visaje raro” (1991, p. 39).

Por su parte, Quintero Penagos (2021) en su trabajo de grados para diseño industrial, centra el visaje como una estrategia de blanqueamiento que ya mostraba rasgos en el periodo de colonización de Antioquia, aquella época donde se sentaban las bases de esa mítica antioqueñidad; se constituye así como el primer abordaje que relaciona parte de ese ethos institucionalizado y potenciado por los antioqueños (J. D. Aguilar, 2020, p. 119) frente a unas manifestaciones actuales, es decir, la consolidación del proceso de modernización de Medellín:

En un contexto más moderno, el imaginario de la “pujanza antioqueña” se junta con las necesidades de reconocimiento, es decir, tener poder, éxito, respeto, ser valorado o, incluso, simplemente tener capacidad de impresionar a una mujer llevándola a un lugar costoso, entre otros, convirtiendo este conglomerado en una idea del ejercicio de la voluntad para satisfacer sus caprichos. (J. D. Aguilar, 2020, p. 121)

Bajo un argumento similar, Quintero Penagos (2021) relaciona el fundamento explicativo y el contenido de la acción visajosa en los paisas, enmarcándolo en tres campos de intercambio colectivo e institucionalizado: el visaje en la casa, el trabajo y la calle, expresado en “la decoración estética de las fachadas de las casas, la fachada personal y caminante, cobraba aún más importancia en el escenario festivo, ya que servía para escenificar las jerarquías sociales”, así, para este autor el visaje es el acto de exagerar, de llamar la atención, vinculándolo al ver y ser visto.

Otra referencia de esto surge en Correa Ortiz (2021) que si bien no aborda el visaje en sí, se acerca a esas formas expresivas que devienen de la confrontación de esos múltiples procesos de finales del siglo XX, pues habla de un *habitus sicarial*:

Este *habitus* se ha traducido en términos prácticos en unos modos de comportamiento y en unas prácticas culturales que son interpretadas y representadas como parte de la influencia cultural del narcotráfico en la ciudad. A partir de lo que implica la caracterización de conductas traquetas, más allá de la pertenencia o no a las estructuras ilegales de la droga,

muchas personas son constantemente señaladas de integrar el universo simbólico narco y reproducir prácticas que se consideran traquetas, sobre todo las conductas asociadas al consumo, las prácticas estéticas y un modo de ser que tiende a la agresividad y la violencia. (Correa Ortiz, 2021, p. 181)

Para este autor estas prácticas están intrínsecamente relacionadas con “la cultura material y visual: la relación con las motocicletas, los consumos culturales asociados con expresiones musicales y la relación con las mujeres” (2021, p. 181)

En consecuencia, el visaje puede ser pensado como un anclaje, que no es colonial, es la transmutación de ese ethos antioqueño frente a otros influjos que devinieron de aquella dialéctica del mismo ethos que facilitó lo violento, es la conjugación y potenciación de unos valores culturales propios con unos influjos externos, no debemos olvidar que todas estas nuevas prácticas devienen del contrabando (Betancourt Echeverry, 1991, pp. 9-13), y en esta actividad se realiza un intercambio que va más allá de las mercancías, es sobre todo un intercambio cultural.

De esta manera la mayoría de los estudios relacionados a la cultura tráquea, han estado orientados a explicar la violencia desde la cultura paisa, otros enfoques un poco más holísticos han abordado el concepto de mafia, como los trabajos presentados por donde se discurre por la incidencia de los determinantes culturales en las manifestaciones de los grupos que se consolidan en regiones particulares (Betancourt, 2007; Betancourt Echeverry, 1991; Cantor, 2000), de estas nociones ha tomado fuerza esa relación entre la pujanza paisa y la gran fuerza que tuvo el narcotráfico como industrialización en la ciudad de Medellín (1991, p. 15).

A diferencia de los trabajos expuestos, acá se parte de un elemento que se construyó a raíz y en función de esa violencia y que no se le ha dado el peso que requiere. Pues, la diferencia entre mi propuesta y la de Quintero Penagos (2021) es que acá se propende a ubicar un origen del visaje. Este se construye con ese cambio vocacional de los “paisas”. El estudio de Quintero es entre tanto anacrónico, el visaje es algo que se construyó y configuró en función de esos anclajes de la cultura, pero añade nuevos supuestos, los evidencia y desenmascara

Medellín visajosa, entre la cultura y la violencia

Para Gilmer Mesa un escritor que se ha hecho muy popular en la ciudad por su obra *La cuadra*, novela en la que narra algunos sucesos que le toco vivenciar en la época de los noventa en el barrio Aranjuez ubicado en aquella tétrica comuna nororiental de la ciudad – para aquella época – en una entrevista realizada por El Topo – un podcast dedicado a entrevistar regularmente a escritores y productores – narra lo siguiente:

En esa época una de la **forma de pertenencia a algo era pertenecer a los combos** y el término enredado en un combo de delincuentes de este barrio y por **andar haciendo cuestiones de delincuentes, pues lo mataron** [...] entonces en eso era una cuadra muy feliz como muchas y como creo yo que **casi todas las cuadradas de los barrios populares, muy solidaria, muy callejera, es donde habitábamos**, la mitad del tiempo estamos en la calle jugando juegos infantiles y tal, **pero además todo estaba como permeado por un ambiente muy hostil, que era el combo de muchachos que se dedicaban a delinquir y que presentaron una dinámicas particulares con respecto a otros barrios de la ciudad, pero muy similares también a otros barrios que sufrieron el mismo fenómeno**. Entonces, claro, todo pasaba por ellos eran, **se volvieron una suerte de héroes a los que uno quería emular, en gran medida también porque pasa lo que pasa siempre con todos los héroes, no se conoce si una parte de la historia y esa parte era muy llamativa, muy, muy fashion, muy, muy determinante para la adolescencia, es decir, son los que figuraban, los que, de los que todo el mundo, los que tenían cierta notoriedad y como todas las personas en la adolescencia, uno quiere tener esa notoriedad entre sus pares, entre sus iguales**. [...] De ahí que, uno vivió como con esas dos influencias, **la familia y la calle, todo el tiempo**. Entonces Aranjuez era un barrio también muy, muy dicotómico, quizás un oxímoron en sí mismo. **Entonces tenía unas manifestaciones de afecto tremendas, pero también manifestaciones de violencias brutales que se iban haciendo cotidianas y que no pasaban de un momento a otro, del espanto, a la euforia**. Una cosa increíble. **Que creo que también delimito o definió de alguna manera el ethos de la ciudad, o al menos de una muy gran parte de la ciudad, quizás la mayoría de la ciudad que vivió en esa misma suerte de**

contradicción, entonces bueno, fue un barrio que para mí es como sinónimo de hogar. Para mí es, el sitio muy, muy similar a lo que es el ser humano, un sitio muy contradictorio, pero que en donde pase lo que pase y pese a lo que sea, termina triunfando el afecto. [énfasis agregado] (G. D. Mesa Sepúlveda, 2022)

En estas palabras de Mesa, se puede evidenciar toda esa correlación de elementos que confluyeron en los diferentes periodos de la ciudad, mismo que han inducido desde esa misma década una proliferación de cubrimientos de toda cohorte para tratar de allanar las explicaciones más acertadas hacia esas manifestaciones fenoménicas que tanto agudizaron la tranquilidad de la ciudad.

Para el momento en que Gilmer Mesa vivenciaba toda esa suerte de alteraciones, fluctuaciones y ambivalencias sociales, ya el fenómeno gozaba de un buen cubrimiento periodístico donde la preocupación hacia esa violencia de la ciudad de Medellín fue detonada con la muerte del ministro de justicia Rodrigo Lara Bonilla en el año 1984, momento que coincide con la necesidad de ponerle un nombre a eso que sucedía, pues, “mencionaban la presencia de asesinos a sueldo que, a cambio de un cierto pago, se encargaban de matar a la persona señalada por quien los contrataba” (Schlenker, 2012, p. 11). Así, el término de *sicario* alcanzó un uso generalizado y se incorporó al habla cotidiana de la violencia especialmente desde 1986 (Ortiz Sarmiento, 1991)

Toda esta oleada de publicaciones despertó la atención de un sector que hasta entonces estaba impávido y ocupado tratando de explicar la violencia con enfoque a “problemas públicos” todas esas situaciones de violencia estructural, pues la violencia en Medellín se presentaba más como una “situación problemática”, así:

En los estudios alusivos a la violencia urbana en Medellín se ha evidenciado un importante esfuerzo de producción escrita a partir de 1990 [...] a partir de entonces, se presenta un primer pico en la producción durante el año de 1991, lo que coincide con un hecho advertido anteriormente: ha sido el año más violento en la historia de Medellín. (Patiño Aristizábal & Correa Henao, 2017, p. 147).

Por su parte para María Teresa Uribe (2001), considera que las interpretaciones de la violencia en Antioquia plantean de entrada un asunto bien novedoso, y es la omnipresencia de lo cultural como argumento interpretativo en buena parte de los trabajos y las investigaciones,

La preferencia por los enfoques socioculturales [...] se mueve en un abanico muy amplio y ambiguo, que va desde lo que podríamos llamar una lectura de la política y de la función reguladora del Estado en clave cultural, que pasaría por el filtro de las particularidades regionales y locales, hasta interpretaciones libres sobre imaginarios colectivos referidos a la supuesta cultura paisa y la antioqueñidad, pasando por el contrapunto entre lo tradicional y lo moderno o por los desajustes, des fases o contradicciones entre lo que podría llamarse un deber ser social y los medios concretos para su realización. [...] Esta preferencia por lo cultural es posible que en abstracto pudiese tener que ver con un cierto desencanto con las interpretaciones en boga en los años sesenta y setenta de orientación socioeconómica y enfoque estructural [...] este desencanto con las interpretaciones coincidió en el tiempo con el ascenso de fenómenos como el narcotráfico y la violencia sicarial, difíciles de explicar desde perspectivas económico-sociales y enfoques estructurales. (Uribe de Hincapié, 2001, p. 428)

De acuerdo con María Teresa Uribe quien defiende la idea de que los estudios de la violencia en Colombia han sido principalmente explicados desde caracteres socioculturales, al igual que: (Lora, 1991; Patiño Aristizábal & Correa Henao, 2017; Uribe de Hincapié, 2001).

De modo similar, Villa Mejía, (2000) considera que solo existen dos enfoques predominantes en la violentología, uno que propende por explicaciones más macrosociales referente a las estructuras y otras que están más determinadas hacia lo micro social, a decir del autor, las instituciones; lectura que es coincidente con la propuesta por Schlenker (2012) en cuanto a la clasificación de estos estudios, enmarcados en un criterio metodológico que se basa en lecturas de origen como elementos estructurales, y las lecturas de vinculo hacia factores más individuales.

En este sentido los análisis realizados sobre los procesos violentos en Medellín transcurren en un devenir de relacionamientos entre una manifestación y otra. Cabe recordar que el abanico de violencias en Medellín es amplio y no tanto por sus formas y manifestaciones, sino

más por su multiplicidad de actores. Así, estas investigaciones y estudios ocupan comúnmente el narcotráfico medido en impactos económicos, culturales y políticos, las milicias y sus ideologías, las bandas o galladas y los combos como unidades antecesoras la organización criminal que se consolidaría en esta ciudad y marcaría las pautas en el resto del territorio nacional.

Estas violencias se han puesto en el supuesto de que son nuevas expresiones de esa anomia social, en este sentido algunos han considerado que el auge de “anomia” barrial y comunal en estas expresiones urbanas, han marcado dos factores determinantes para la comprensión de la expresiones de violencia en la ciudad,

Las denominadas bandas eran organizaciones que [...] hacían evidente dos fenómenos: 1) incipientes niveles de organización delictiva en los ochenta, y 2) una tradición de autodefensa de los habitantes de los barrios populares, germen de las futuras milicias y de los narcotraficantes. (Soto Aguirre, 2020, p. 251)

Así pues, “los primeros en tocarse el corazón frente a la violencia de las bandas [...] paradójicamente, [fueron] combatientes del campo, que trajeron de paso su ideología campesina y autoritaria” (Medina Franco, 2006, p. 14).

Así, frente al primer punto, se puede contrastar con otros autores y afirmar que en la década de los noventa se sientan las bases de organización que hoy operan en la ciudad, “en la década de los 70’s la ciudad estaba en medio de un proceso de revaloración que dejaba en estado de ingobernabilidad a la sociedad” (J. D. Aguilar, 2020, p. 121), “las traumáticas fantasías de esta sociedad moderna, sueños que moldean aspiraciones que no fueron igualmente intensas en los años 60 y 70” (Ortiz Sarmiento, 1991, p. 64), para Salazar (2018) esto es un sincretismo cultural, que son los pilares en los que se sobrepone todo ese vigor de industrialización del crimen (Giraldo Ramírez et al., 2011).

Por otro lado, también se sustenta el argumento de estas nuevas formas de expresión si están ancladas sobre el pasado factico e imaginario, pues la reproducción de la violencia en Medellín tiene sus bases en el conflicto bipartidista considerándose pues como un rezago de esas formas rural (Bedoya, 2010) o el famoso “desquite”, metáfora a la que alude Salazar (2018).

Entre lo narco y lo sicario

Si bien el sicariato se inició como un mecanismo de transacción “criminal”, como un método resolutivo de problemas y conflictos; este paso a ser la aspiración y el medio para realizar los sueños en los jóvenes de clases bajas de la ciudad y el área metropolitana, es decir, las comunas, barrios piratas y marginales. Por tanto, esta actividad se constituye como la ilusión, vocación y medio de realización para gran parte de los jóvenes de la ciudad de Medellín y sus alrededores (Ortiz Sarmiento, 1991).

Por esta razón, el sicariato puede expresarse como individuo o acción; el primero, desde los móviles aspiracionales de los individuos sicarios; el segundo, desde su carácter instrumental. Pues esta actividad legitimaba la condición de hombría paisa, el noble y macho paisa siempre debía tener “plata” en los bolsillos herencia de ese proceso de blanqueamiento como mecanismo de inclusión y condición para el reconocimiento social. Al mismo tiempo, que cualificaba a los individuos como *verracos*.

El tener “plata” es una forma de definir la posibilidad económica de alguien. Esta naturalmente se manifiesta en la posibilidad adquisitiva, pues esto se expresaba en el uso de prendas, alhajas, la posesión de algún vehículo, y en la mayoría de los casos como una correspondencia circunstancial. Pues, poseer estos elementos y no gastar dinero o ser “tacaño”, automáticamente, etiqueta al individuo en un término peyorativo: “chichipato”; además que evidenciaba el visaje, su máscara, su falsedad. Por eso en este análisis se le da referencia al visaje como elemento de articulación o agenciamiento social en el valle de Aburrá. Este siempre será una verdad a voces, así para este autor:

Las bandas se convirtieron en un espacio fundamental de socialización de los niños y los jóvenes, llenos de elementos que se conjugaron para exigir un reconocimiento social que es al fin lo que está al fondo de este protagonismo juvenil. (Perfetti, 1991, p. 141)

Así, el sicariato paso de estar definido como la manifestación de la violencia directa y a representar una violencia cultural, es decir, como un juego actitudinal para representarse el mundo, pues la violencia se escenifica en el terreno material y también en el simbólico, por esta razón, el campo lingüístico es óptimo para la confrontación bélica (Villa Mejía, 2000).

La forma en que puede entenderse la violencia es muy amplia, de ahí que se le atribuya como un concepto polisémico. La violencia es un agravio en términos de subjetividades, siempre implica un proceso de transformación; en su acepción más “pura” sin cargas moralistas, es la sobreposición de algo sobre algo: una fuerza, una voluntad, una intención; por eso, en los análisis del conflicto (polemología) siempre es nombrada. También, crea procesos relacionales de (des)articulación de sentido y se presenta como una cualidad irreductible al individuo (Espinosa Luna, 2019).

De esta manera, el sicariato se presenta en dos acepciones: 1) el sicariato como proceso social (acción) y, 2) el sicario como acción (individuo). El sicario como proceso social alude a un sujeto pasivo que tiene un grado de profesionalización y está en oferta a la espera de la demanda y orden del patrón, que es el caso de los hombres de Escobar y los carteles de droga; pero, lo que los medios de comunicación nombraron como tal, era una insurrección barrial de jóvenes haciendo actos delictivos de “poca monta” y luciendo su hombría para así poder ser captados por los “duros” en algún momento, pues una sola “vuelta” bien hecha solucionaba la vida. Acciones de este tipo, de autodefensa, pillaje, bandidaje ya eran figuras propias de los campos, pues existieron los pájaros, las vendettas o desquites de nuestras montañas. El matar por dinero, se empezó a nombrar cómo sicariato a aquellos ataques donde los sujetos asesinos iban en una moto, a decir, los asesinos de la moto.

Ahora, cuando tomo el sicario como sujeto, como individuo, es de ahí donde puedo desprender las características del visaje. Sin obviar que persiste una dialéctica entre el ser y la acción. Así, esta búsqueda se inició motivada por los esquemas organizativos de los grupos de traficantes, la laboriosidad, la división social del trabajo, focalizando al sicario como una labor, como un cargo (Ovalle, 2010).

Otros tantos estudios desarrollados en aquella época liderados principalmente por la CORPORACIÓN REGIÓN (1990) me obligaron a considerar al sicariato desde diferentes perspectivas, pues este era un análisis multidisciplinar, donde trabajaron conjuntamente varios investigadores, entre ellos se encontraba Alonso Salazar, es justo en el marco de estas memorias que surgen las entrevistas que luego serán presentadas en *No nacimos pa' semilla*, producto de las reflexiones de esa primera comisión de investigadores, se puede concluir en sus resultados una búsqueda apresurada por la comprensión del fenómeno de las bandas, pero allí también relucen mucho las explicaciones desde el campo teológico.

La articulación de combos o bandas al interior de estos barrios logró desbordar cualquier atisbo de tranquilidad, pues los “pillós” jóvenes chichipatos, se presentaban como un síntoma más de la violencia que ha marcado al país:

El sicariato no es un fenómeno que obedezca únicamente al uso de la violencia por parte de los carteles de la droga, sino más bien un síntoma de la deuda social que el Estado-nación no ha podido saldar con la población más excluida, asentada en espacios urbano-marginales, conocidos comúnmente como cinturones de pobreza. (Schlenker, 2012, p. 27)

En cierto sentido, el sicariato se inscribe como una nueva forma de violencia, una que “generó una serie de imaginarios que, tras ser recogidos y reforzados por los medios, migró hacia las ficciones de la literatura, el cine y la televisión colombiana” (Schlenker, 2012, p. 73).

Frente a esta consideración, Héctor Abad Faciolince circunscribe a estas expresiones como en un subgénero literario que llamaría la sicaresca, y son esas producciones que abordan las realidades de estos jóvenes de los barrios periféricos de la ciudad de Medellín, las obras: Rodrigo D: No futuro, No nacimos pa’ semilla, El pelaíto que no duro nada, La Virgen de los sicarios (libro), entre otras. “Se puede, entonces, concluir que el término sicaresca define, en su origen [...] a una narrativa producida en Antioquia o sobre Antioquia y más específicamente en Medellín, que es truculenta y cuyos personajes son sicarios” (Osorio, 2015, p. 81).

Sin embargo, *No nacimos pa’ semilla* de Alonso Salazar, no es un texto sobre el sicario, sino más bien un esfuerzo por describir la violencia de la ciudad a partir del relato testimonial de muchos jóvenes y pobladores de estas comunas, de tal manera, en este texto no se logra dilucidar la expresión de sicario, aunque abunden las pistas y se puedan captar algunas de las aspiraciones de los jóvenes, y por tal sentido, puede carecer de características de la sicaresca, aunque dé cuenta de ellas y ofrezca aproximaciones al entendimiento de esta población, para este el sicario, “lleva el consumismo al extremo: convierte la vida, la propia y la de las víctimas, en objeto de transacción económica, en objeto desechable” (Salazar, 2018, p. 171).

El fenómeno de las bandas quiere reducirse con frecuencia al narcotráfico. Y aunque los carteles de la droga han desempeñado un papel fundamental en su creación y crecimiento, no son los únicos que las generan y utilizan. Están relacionadas también con otras

empresas de la muerte, no dependientes directamente de los carteles”. (Salazar, 2018, p. 165)

Esto sugiere la asociación del sicario como un vínculo y/o una extensión del narcotráfico, lo que se fundamenta principalmente en “asesinos a sueldo” o “asesinos de la moto”; sin embargo, la figura del sicario se desdibuja frente a la figura de otros jóvenes también en capacidad de matar:

ha llegado a cambiarse la representación de la muerte del otro, lo que se palpa hoy en las expresiones de los sicarios, o aun de *muchos jóvenes que todavía no han cometido homicidios*: “matar es una acción como cualquiera otra”; o “mi oficio de matar por encargo es una profesión como cualquiera otra”. [comillas del autor] (Ortiz Sarmiento, 1991, p. 67)

Esto, amplía el dilema hacia la delimitación de este como un contratista de la muerte o cualquier joven barrial dispuesto o en disposición de matar: ya se correspondiera a un contrato, una acción cotidiana de las bandas como la venganza, un ajuste de cuentas que se daba al interior de la interacción entre las bandas de la ciudad. No sé, si quizá Alonso Salazar fue cauto en ello, y no se refiere al sicariato directamente, de tal manera que sicariato es desigual a cultura de la muerte, aunque exista entre ellas una correlación y/o dependencia.

Con todo esto, aun no se logra expresar la relación de lo sicario con lo traqueto, aunque bien, ambas expresiones pueden aludir a personajes diferentes, la iconografía del traqueto esta soportada en un imaginario de mayor estatus o similar a la del sicario; los primeros gozan de fama por su “habilidosa” capacidad para los negocios, los segundos por su “valentía” y “verraquera”, ambas cualidades de aquel compendio cultural antioqueño.

Estas nuevas iconografías se presentan como esa contraposición al “purismo” cultural de la región, al de su mítica pujanza, fuerza y laboriosidad, así,

La antioqueñidad como propuesta cultural cohesionadora de los anhelos de pobladores de la región se correspondió con la vigencia de la sociedad tradicional; pero la irrupción de la modernidad encontró a Medellín sin nuevos referentes de cohesión social, sin elementos

consensuales de control y definitivamente, sin proyecto cultural”. (Medellín: alternativas de futuro, 1992, pp. 315-317, citado Villa Mejía, 2000, p. 155)

Sin embargo, para Villa Mejía en términos de iconografías, esta antioqueñidad sigue estando representada en las figuras rurales pues se sigue asumiendo que persiste una mentalidad pueblerina, pues lo que los migrantes hicieron fue instalar su propia versión de antioqueñidad.

Este entramado de referencias ha estado muy ligado a unos mitos populares sobre los malevos, los capos, los bandidos que hicieron de esta ciudad su fortín, así lo expresa Salazar:

Ya era vox populi que Pablo y Gustavo se le medían a todo: se decía que [...] se convirtieron en pioneros de la piratería terrestre; que robaron diez automóviles de la Renault [...] que asaltaron el teatro Manrique; que tenían una moto roja por un lado y blanca por el otro para despistar a las autoridades; que con esa moto asaltaban bancos; que se alquilaban como pistoleros... que Pablo conducía mientras Gustavo disparaba. Y así, en esas épocas donde un crimen todavía merecía titular de primera página en el periódico de Medellín, contribuyeron a inventar ese tipo de gatillero que se llamó “asesino de la moto. (Salazar, 2018a, p. 52)

Lo que se puede observar con la referencia anterior, es que se crea y fortifica el imaginario de que ser un *pistolero* es un paso necesario para el acenso social, a la vez que se resaltan esa serie de símbolos y referencias que acompañaran al sicario, la materialidad y lo visual, pues deviene la gallardía, la astucia, el ingenio y sobre todo su estrecha relación con la moto.

Se volvió frecuente que las motocicletas de más alto cilindraje pertenecieran a aquellos quienes desempeñaban roles dominantes, y en esa medida, su estatus y prestigio aumentaban, es decir, que se creó un vínculo entre potencia mecánica y la posición social que ostenta el de la moto (Correa Ortiz, 2021, p. 193) consolidándose de cierta forma una especie de *tótem* mecánico para los jóvenes de la ciudad.

Así, para Juan Fernando Herrán es mediante esta [la moto] que los deseos de los jóvenes se accionan, se potencian y los ayudan a definirse en términos identitarios. El legado de la moto

aglutina valores culturales que están arraigados dentro de la cultura popular (Herrán, 2015), se personifica.

Lo teórico: entre el ethos y lo estético.

Con la finalidad de establecer un panorama más claro de interpretación, el presente análisis se sustentará en las nociones de figuración y orden de secuencia de Norbert Elías como herramientas conceptuales y teóricas que servirán para otorgar un sentido a lo anteriormente planteado; así mismo, permitirán una comprensión más orgánica del proceso evolutivo del mito de la antioqueñidad al visaje. De tal manera que se pueda vislumbrar el visaje como un proceso de continuidad histórica y sobre todo, como “composición de unos seres humanos orientados recíprocamente y mutuamente dependientes” (Elías, 2015, p. 70).

Para Elías estos conceptos están estrechamente vinculados a unas redes de coproducción social por parte de individuos actuantes, de esta manera eso que el nombra *interrelaciones entrelazadas* permitirán dar cuenta de una *unidad* entre individuo y estructuras; pues, para Elías es menester superar esas dicotomías estáticas y bipolares de la sociología (Pérez Rivera, 2010).

Este panorama de metodología conceptual, en el que se procura por un *trabajo de limpieza conceptual* (Ibid., 2010, p. 34), es propicio para el relacionamiento del mito de la antioqueñidad y la pujanza paisa como proceso que permite el surgimiento de traficantes y sicarios en la ciudad de Medellín, a su vez que estos se presentan como estructuras de socialización que permiten reconfigurar ese mito del antioqueño y su ethos, es decir, se manifiestan como una correlación de formaciones diferencias e interdependientes, pues para que puedan existir las relaciones de ilegalidad y criminalidad es necesario que exista un espacio social donde este significado pueda ser atribuido.

Por este motivo se proponen dos momentos conceptuales: el primero, el mito del antioqueño y su pujanza como contenedores de ese “ethos” que es característico de los habitantes de Medellín y demás regiones de Antioquia, donde se problematizara la figura del avisado y verraco; un segundo, donde se plantearan las presiones del visaje como una expresión empírica en cuanto al comportamiento.

Del ethos antioqueño al visaje.

La figura del antioqueño ha sido abordada en múltiples análisis, históricamente se ha hablado de una condición especial de este complejo poblacional que ha estado delimitado geográficamente por las montañas, que antaño, de alguna manera lo blindaron y fortificaron. Se arguye teóricamente a una manera peculiar de ser antioqueño – montañero – una especie de orgullo. Mismo que ha sido graficado y proclamado como símbolo de fuerza y vigor, que son característicos de los habitantes de esta región.

Por ethos podría entenderse la corta definición que Merton propone en alguno de sus estudios, como: “conjunto de valores y motivos institucionalmente pactados” (Merton, 1977), así, parafraseando un poco su idea, el ethos del visaje como hecho circunstancial del ethos antioqueño se compone “como un complejo de resonancias afectivas, de valores y normas que se consideran obligatorias” (Merton, 1968) para los habitantes jóvenes de la ciudad de Medellín. Así, el ethos es como eso que es implícito en el comportamiento de los grupos, una especie de características ontológicas y deontológicas de sociedades particulares. Es, entre tanto, su acción materializada, sus aspiraciones y proyecciones. En consecuencia, es la constitución de mitos e ideales, de sucesos venideros, de constatación de la identidad “particular”, la marca acentuada de diferenciación con otros grupos.

Es también una idea que se tiene sobre un grupo poblacional y que el mismo grupo tiene de sí, es una forma institucionalizada sobre el comportamiento, la forma en que se da respuesta frente a hechos particulares. Según Amossy (1999) “Los Antiguos designaban por el término de “ethos” la construcción de una imagen de sí mismo destinada a garantizar el éxito del acto oratorio”; en consecuencia, toda región trae consigo una historia y, esta puede ser vista como el resultado de la interacción del hombre con su entorno, la naturaleza y sus cambios. Esta interacción forma pues una idea de comprensión de sí mismo – de esos hombres que se forjaron entre si – y esta es la enunciación de su identidad, de sus formas, el resultado de sus acontecimientos, los procesos que en ella se han vivido, sus dinámicas.

De manera que:

“La cultura “paisa” es el resultado de la relación que tiene el sujeto y su entorno natural, pues, observar el fenómeno “paisa” es ir hacia la configuración de su cultura y las huellas

dejadas por ésta sobre la tierra; del mismo modo, la formación de la cultura "paisa" es la formación de un "mito" fundacional. Como todo grupo humano, "los paisas" han construido de sí mismo un relato como cosmovisión global del universo y el mundo". (Henaó, s. f.)

Así mismo, Calle Correa & Correa Jaramillo (2002) definen ese "ethos" existente entre los antioqueños como un "modo de ser, decir, pensar, actuar; esa forma de asumir los problemas y de sortear las dificultades, de verse a sí mismo y de relacionarse con los otros y con el mundo"(2002, p. 4) como resultado de un legado histórico que ha calado en una profunda estructura mental inconsciente, que orienta y dirige la acción de aquél. Mismo que, a su vez está compuesto por una unidad compleja y dinámica, sus creencias y mitos, sus intereses, su "visión del mundo" y de sí mismo al igual que sus valores o pautas valorativas.

en ese "ethos", tan propio del paisa, parecen haberse dado cita tendencias en apariencia contradictorias e irreconciliables; por eso, se lo encuentra, al tiempo, "regionalista" o particularista y universalista o cosmopolita; tradicionalista, conservador e innovador, visionario y creativo; orgulloso de los rasgos adscriptos, pero con una muy fuerte inclinación a lo adquirido a base del esfuerzo; trashumante, aventurero, andariego y, a la vez, apegado a la familia, a los hijos y a la tierra práctico y soñador; alegre, chancero, parlanchín, pero tristón y melancólico en ocasiones; en fin, capaz de heroísmos, pero también de villanías. (Calle Correa & Correa Jaramillo, 2002, p. 4)

Estos rasgos del antioqueño también son referenciados en Virginia Gutiérrez de Pineda (1994), mismos que son consecuencia de un largo proceso de constitución cultural, que encuentra su mitificación en el proceso de industrialización de la primera mitad del siglo XX.

Resultados.

En linealidad con lo expuesto a lo largo de esta investigación, que ha discurrido principalmente por las representaciones y mentalidades que se han constituido en la ciudad de Medellín y su área metropolitana, en función de la figura sicarial, la antioqueñidad y el visaje, se establece la presentación de los hallazgos recolectados en literatura revisada y en las fuentes secundarias, a decir, en las interpretaciones sobre el abordaje de estas tres temáticas, regularmente abordadas por separado.

De cualquier modo, se hace evidente que las incógnitas que suscitaron el desarrollo del presente aún siguen latentes y obligan a una profunda búsqueda que permita vislumbrar con certeza lo sucedido; aun así, muchos piensen que ya se ha hablado mucho sobre el tema.

No dejo de ser sorprendente el hallazgo de una multiplicidad de razonamientos cercanos a este fenómeno que obligó a pensar en la naturaleza propia de los problemas de investigación.

Ahora bien, este apartado busca hacer una presentación de los diferentes tópicos, asumiendo cada uno de ellos en las relaciones tejidas entre: el individuo, el espacio y la mentalidad, como pilares de las figuraciones sociales. A decir de Marx, la ubicación del individuo en la estructura que los determina, más no los condiciona.

Sobre la violencia en Medellín y su tratamiento: un contexto.

“No fue de la noche a la mañana que surgieron quienes ahora trafican con droga, no fue de un momento a otro como se formó el sicariato, todo esto fue un producto de un largo proceso de deterioro” (Gómez Martínez, 1991, p. 13).

Las manifestaciones de la violencia en Colombia han sido elemento fundamental para su desarrollo y la constitución de un imaginario de nación, el país se ha visto atravesado por una larga lista de conflictos que se han constituido en variadas consignas y en diferentes territorios, lo que ha ocasionado unas oleadas de violencia diferenciada entre una región y otra (Ceballos, 2000). Es así, como los conflictos que se vivenciaron desde los años cincuenta en adelante, después del estallido generado por la muerte del líder liberal Jorge Eliecer Gaitán el 9 de abril de

1948 desataron una serie de desajustes y reajustes demográficos, psicológicos y económicos (Fals Borda, 1988) que provocó la aceleración del proceso de urbanización que se manifestó en el país⁷.

Desde mediados de los años cincuenta se ha registrado con mayor sistematicidad los causantes y detonantes de estas cruentas épocas. Frente a estas problemáticas que no solo fueron motivadas por la acción política, sino que también estaban transversalizadas por factores sociales, económicos y culturales (Uribe de Hincapié, 2001; Villamizar, 2018).

Si bien estas manifestaciones fueron diferenciadas, por largo tiempo la literatura académica dedicada a este fenómeno sobre la alteración del orden social de Colombia asoció a todas las regiones el mismo criterio de análisis, presentando pues unas observaciones muy generalizadas sobre la operatividad de estas violencias en el orden nacional, sin hacer las distinciones necesarias entre una región y la otra.

En este sentido, la región de Antioquia no fue ajena y su capital Medellín fue un satélite donde se empezaron a aglutinar en diferentes oleadas de desplazamiento interno nacional personas provenientes de diferentes regiones del departamento y el país. Estos desplazamientos que incidieron inmediatamente en el crecimiento poblacional y urbano de la ciudad se justificaron en muchas ocasiones solo como consecuencia de las diferentes oleadas de violencia. En consecuencia, Ramírez Patiño & León Vargas (2014) plantean que este crecimiento poblacional respondió a un proceso en el que los habitantes de diferentes regiones del departamento vieran a Medellín como una alternativa para su progreso personal, ya que era el epicentro económico, político, social y cultural de la región. Desde entonces, muchos han considerado a Medellín como la segunda ciudad de importancia en Colombia.

Por razones de una morfología urbana muy sedimentada y en función de los intereses de las élites, estas nuevas poblaciones tuvieron que ubicarse en las periferias de la ciudad y respetar sus unidades céntricas⁸. Con estas migraciones y crecimiento poblacional, no solo llegaron sus habitantes con una que otra de sus pertenencias, sino que también llegaban con sus historias, sus

⁷ Un planteamiento similar sobre el contexto evolutivo de la violencia en Colombia puede ser consultado en Giraldo (2018), "la Masacre de las Bananeras en 1928; el Bogotazo generado por el asesinato del líder popular Jorge Eliécer Gaitán el 9 de abril de 1948 y detonante de la violencia partidista; el surgimiento de la guerrilla a mediados del mismo siglo; *los carteles de la droga presentes desde la década de los ochenta; el desarrollo del sicariato en la de los noventa*; el paramilitarismo y la delincuencia común." (2018, p. 148)

⁸ Sobre esta cuestión puede consultarse la obra "Medellín (rojo) 1968" (Calvo Isaza & Parra Salazar, 2012).

prácticas y formas de relacionarse. Es así, como las comunas adquieren el protagonismo de estos nuevos sucesos, de estas nuevas – no tan nuevas – formas y ejercicios de la violencia.

Ahora bien, en Medellín el crecimiento poblacional y el crecimiento económico se dan paralelamente; a la vez que en estos espacios se desenvuelven dinámicas que se registran desde la época colonial, como el contrabando; dicha actividad cobro valor relevante en los años sesenta y fue incluso un detonante para la crisis económica textil de los años setenta. Con esta actividad se formaron los primeros grupos o bandas, sus integrantes fluctuaban constantemente entre contrabandistas y bandidos, dado que también se dedicaban al robo y a la delincuencia común (J. D. Aguilar, 2020; Álzate, 2014; Atehortúa Cruz & Rojas Rivera, 2014; Lozano, 1993).

Con estos antecedentes en la ciudad se empieza a revelar un negocio que fue motivado por jóvenes de clases prestantes, es decir, de esa clase política y empresarial antioqueña y algunas figuras representantes de los grupos contrabandistas, mismos que para entonces se estaban sumergiendo en una confrontación interna por el control de los mercados informales, a esta etapa se le conoció como la guerra del Marlboro; esta puede ser leída bajo la óptica propuesta por el profesor Álvaro Camacho Guizado como la violencia intramafias, y que para el común de la ciudad era una guerra ajena, entre ellos. Sin embargo, los orígenes de esta nueva actividad económica que para entonces era desconocida en el país, se gestaron en el seno de unas relaciones internacionales que trascendían a Colombia, pero aun así fueron los nuevos jugadores quienes potencializaron dicha actividad, articulando complejas redes de producción y distribución que luego les daría una posición ventajosa en el monopolio de dicho producto frente al mundo, esto fue, el tráfico de cocaína⁹.

Junto con esta nueva manifestación de la economía medellinense, también se desarrollan otros fenómenos como lo son: bandas o barras juveniles, grupos de autodefensas barriales, el sicariato (grupos de asesinos a sueldo) y el conocido Cartel de Medellín. Todas estas expresiones, se consolidan a la vista de un Estado permisivo, el cual mantenía su desamparo hacia las clases vulnerables. Todas coexistieron en el mismo espacio y tiempo, por esta razón el fenómeno no ha podido ser estudiado a detalle, puesto que no hay un consenso académico al estudio de una y otra manifestación¹⁰.

⁹ Sobre esto se pueden consultar las obras de Sáenz (2021) y Ramírez Arango (2021).

¹⁰ En realidad el consenso sobre la caracterización de los grupos y actores si existe, pero en muchos de los abordajes que toman como fuente el relato testimonial y periodístico, no es posible establecer una diferenciación radical a raíz

Para finales de los años setenta e inicios de los ochenta, ya se había consolidado una fuerte estructura de ilegalidad e informalidad en la ciudad, que confluía paralelamente con otras expresiones como lo eran las nacientes estructuras de autodefensa y grupos guerrilleros, principalmente localizados en la región del Magdalena medio y otras zonas rurales del país; esta interrelación entre diferentes actores logró hacer un poco más difusa la lectura de las realidades del país en medio de las diferentes manifestaciones del conflicto y sus actores; así, estas estructuras no solo se consolidaron a la par de unos procesos de conflicto sociopolítico, sino que también tuvieron fuerte impulso o una incidencia muy acentuada desde los sucesos socioeconómicos de la época.

Para entonces, Medellín experimentaba una de sus recesiones económicas más fuertes, que logró poner en vilo toda esa capacidad industrial y financiera que había logrado fortificar aquel mito de la pujanza de los paisas, ese espíritu de trabajo y progreso que los caracterizaba en todo el territorio de la nación, mismo que fue el principal factor de elección de aquellos migrantes internos que en busca de oportunidades vieron en Medellín y el Valle de Aburrá un lugar para aquel nuevo comienzo (Esto es la antioqueñidad).

Frente a la mencionada crisis, la ciudad empezó a experimentar un incremento de pobreza, escasez (siempre para los más desfavorecidos) y desempleo, donde esos nuevos habitantes quedaban relegados de las prioridades de los planes de intervención municipal. Este escenario sirvió de caldo para la agudización de aquel flagelo que, desde mediados de los años ochenta le mostraría al país y al mundo el grado de descomposición social al que podría llegar una sociedad a causa del desamparo estatal. Claro está, este es solo uno de los factores que permitieron que aquella Medellín experimentara lo que experimentó.

Así las cosas, la respuesta de los diferentes sectores de la sociedad fue tardía y la vista gorda; nadie se imaginó el nivel de desintegración social que se reflejaría desde los barrios de ladera, barrios piratas, esa ciudad que creció a las espaldas o la otra mitad, especialmente allí, por

de los individuos; puesto que el estudio sobre “la vuelta” que comúnmente hace referencia a la marginalidad y grupos delincuenciales en los múltiples barrios y comunas de la ciudad y su área metropolitana, es un calificativo que en la cotidianidad aglutina a todos los grupos sin distinción de causa, pues estar en “la vuelta” refiere a estar inserto en una red transaccional de crimen (robo, contrabando, venta de drogas, asesinato, explotación sexual, entre otras) y cualquier otra actividad que se asocie a la ilegalidad y en ocasiones a la informalidad, lo que ha permitido la existencia de trabajos sobre sicarios donde la fuente son personas pertenecientes a milicias populares, o son trabajos sobre escenarios de violencia barrial y se confunden con trabajos sobre el sicariato. Para ampliar información sobre la vuelta puede consultarse: Herrán (2015, p. 178) y Jaramillo Morales & Restrepo Uribe (2020, p. 174); para ampliar información sobre la ilegalidad e informalidad, ver a Aristizábal Uribe (2018)

la escasez de posibilidades para el desarrollo individual. Y esa otra mitad, inundada en las posibilidades en medio de su alcahuetería hacia esa boyante industria que mal o bien mitigaba con creces los frenos económicos que experimentaba la actividad industrial y financiera de la ciudad. Sucesos que permitieron entender que al país lo que le gustaba era la plata¹¹ y que era hombre de arduo trabajo porque era la única forma conocida para conseguir plata, hasta que se consolidó la industria del tráfico de cocaína. He aquí, aquella pujanza.

De cualquier modo, llegar a este punto fue todo un proceso (como lo detalla el epígrafe), ingenuo, desinteresado e inimaginado; no fue aquella figura abstracta de que un par de señores se sentaron a tomar café y decidieron las riendas de aquello que se vivió en aquella época en este territorio; no es reductible al juego apologético que se le hace a Pablo Escobar y al Cartel de Medellín, por el contrario ¿Cuáles eran esas lógicas societales, económicas, culturales (si se quiere) que operaban en Medellín para que Pablo Escobar llegará a ser la figura que fue y es?

Es importante entender el proceso en cómo poco a poco se constituyeron las bandas, los grupos en la ciudad. Grupo de jóvenes sin mucho que hacer, que compartían intereses similares; la gallada, congregación de jóvenes para el desparche; la pandilla, misma gallada, pero un poco más aventureros y atrevidos, hacían locuras; y por último el combo, un grupo ya organizado en función de lo delincencial como sustento de vida (Martin, 2014, p. 147)¹². Es así como, lo que empezó como una gallada terminó siendo una banda (dura o chichipata), todo un proceso evolutivo; así nacieron las primeras células de traficantes, de hampones, ladrones, asesinos, cada una demarcada con un grado de profesionalización, de operación.

Claro que uno se acuerda de los primeros delincuentes del barrio y le da es más bien risa. Eran muchachos dedicados a oír música, fumar marihuana y atracar con un puñal. Y los más sardinos se dedicaban a las batallas campales con galladas de otros barrios, pero a punta de piedra, no más. (Salazar Jaramillo, 1996, p. 24)

¹¹ El término “plata” es sinónimo de dinero, se usa esta expresión por ser la manera de nombrarlo en la cotidianidad de la ciudad.

¹² Esta referencia es tomada principalmente la publicación reseñada, sin embargo, la categorización proviene de un libro publicado en 1991 llamado *De la barra a la banda*, no se consultó directamente la obra porque no se encontró un archivo que lo poseyera al igual que tampoco se encontró en stock comercial.

Este proceso evolutivo permite que, a mediados de los ochenta, sucedan dos cosas: la fuerte articulación de las bandas al narcotráfico, y la zonificación de los territorios barriales al control de las bandas, es decir, el establecimiento de fronteras.

En cierto punto fue una competencia de gallardías y bravuras. Las famosas “celadas” o “vacunas” que se pagaban para la limpieza social, desde los años ochenta actuó como una alcahuetería y legitimización de los habitantes de los barrios. Esto se deja ver en el grupo de autodefensa que se narra en *no nacimos pa’ semilla*.

Qué fue primero ¿el fenómeno de las bandas o el fenómeno del sicariato? Ambos se agudizaron a mediados de los años ochenta. Hasta dónde llega eso que nombran “lógica sicarial” de las bandas, organizaciones criminales, oficinas de cobro, en resumidas es un aparataje económico, un cooperativismo industrial criminal. Lo que sucedió en Medellín en los años noventa frente a los homicidios, en el auge de su ascenso registrado desde 1985 (incremento que se le atribuye a dinámicas y confrontaciones del cartel de Medellín) hasta el 88, su pico en el 91, y posterior descenso razonable entre 2003 y 2004, en función de que durante estos años se sostuvo una media de 3000 homicidios, el caso es que esto que sucedió fue una confluencia de actores y dinámicas que quedo reseñada como la época de los sicarios; esos sujetos efímeros que se hicieron prematuramente y desvanecieron rápidamente, fueron un soplo para sus vidas.

Hay que reconocer que fue una época compleja, y lo que parecía ser una dinámica de un actor particular, fácilmente podía ser confundida con la dinámica de otro. Por eso, aunque los crímenes no fuesen investigados, siempre hubo un culpable. Un joven menor de edad de escasos recursos habitante de alguna “comuna” o barrio marginalizado. El hecho de la confluencia de una multiplicidad de actores, de ideologías, de motivos e intereses ha catapultado la comprensión de ese fenómeno en un absolutismo hacia un vago entendimiento radicalizado y compartido por el fuerte de los medios y sectores dedicados al análisis y su registro, es decir, la prensa y ciertas facciones académicas. Se han hecho cortes en el tiempo, con el fin de identificar el actor más masivo y así poder nombrar dicho periodo. ¿hasta dónde va la acción de uno y del otro? Estos análisis, en su mayoría prematuros, marcados por un afán comprensivo del momento, que por demás fue tardío, y que curiosamente se condensa en su mayoría con aquel tétrico año de 1991, donde las producciones, la sensibilidad hacia el fenómeno que venía fraguándose y creciendo hace mucho, que estuvo impelido por causas distintas, que llevaba años de gestación, que siempre se vio desde la mirada ajena y despreocupada, y solo medianamente logró despertar la atención

necesaria a partir de 1984 con la muerte del Ministro Lara Bonilla, por lo bizarro del caso. Solo ahí aterrizo el interés local e internacional, especialmente de los medios de comunicación para reseñar aquella realidad social que se vivenciaba en la ciudad de Medellín.

Lo que ocurrió en Medellín niega en sí mismo los detonantes, esa cantidad de muertes era el resultado de una serie de retaliaciones. Lo dice Salazar (el desquite), Víctor Gaviria (yo te tumbo, tú me tumbas), Vallejo (en la virgen de los sicarios) y continua la cadena, tal como lo demuestra la cita:

Y no era para menos. Aquella fue la época en que hirvió por su frente más crudo la guerra que Pablo Escobar, tras su fuga de la Catedral, le declaró al Estado, con su piñata de bombas indiscriminadas y su aparato de secuestros selectivos y asesinatos por encargo. Pero, así y todo, fueron muchos más los muertos que arrojó sobre los cementerios la guerra territorial que, también por aquel entonces, libraban a su suerte y al margen de los titulares de prensa las milicias y las bandas de las comunas populares. Un botón basta de muestra: de cada diez personas inhumadas aquel año, ocho fueron por violencia, en su mayoría *parceros* y *bacanes* que no llevaban vivos ni los veinte años. (Aricapa Ardila, 1998, p. 142)

Todos estos análisis, elaborados bajo el calor de las ocurrencias, se centraron fundamentalmente en “hallar” sus causas, pero solo lograron dar cuenta de sus efectos. Con cierta timidez y vergüenza se aventuraron a culpar entre algunas líneas una realidad cultural muy vanagloriada, para luego hacer fuerza a una consecuencia del “capitalismo salvaje” y una ineficiencia de los aparatos institucionales ¿pero acaso estos factores no operan en relación directa con las lógicas culturales de determinados espacios, es decir, de las regiones?

En resumen, se han hecho caracterizaciones, pero todas van de lo mismo, unas causas estructurales, baja presencia estatal, máxima cooptación de poder por parte de redes criminales, familias disfuncionales, disputas entre actores por razones económicas e ideológicas, entre otros. Pero son pocos los estudios que se han situado en analizar el fenómeno desde otra serie de producciones, más allá de los listados institucionales y algunos informes de prensa; hecho que ha llevado a que las explicaciones sean generalizadas y comunes, pues solo se han hallado causas muy distantes. ¿Qué tantas muertes violentas que ocurrieron en la ciudad en esa época, en

realidad corresponden a las disputas delincuenciales y subversivas? ¿acaso estas no responden a factores como matar por instinto y capricho? Quizá sea más apropiada una mirada desde las pulsiones que responden al aparataje de sentido que se ha creado en los habitantes de estas regiones.

El sicario como sujeto y acción: entre la literatura ficcional y la literatura especializada.

Con esta distinción, meramente operativa, se remite acá al sicario como sujeto en todo lo que concierne a la literatura ficcional y creativa, que está centrada más hacia un ejercicio de memoria, relato y constatación vivencial de algunos sectores sociales; mientras que, al sicario como acción, se le identifica más en toda la literatura especializada (trabajos de investigación académica e informes institucionales) y medios de información (informes de prensa, reportajes y opinión).

Las diferencias hacia las representaciones que se tienen sobre la figura del sicario encuentran su punto neurálgico en la multiplicidad de construcciones conceptuales que se tienen sobre estos individuos; pues, el concepto resulta ser la relación que existe entre la forma y el contenido, diría Marx (2008, p. 44), y este no encuentra un consenso universal y continuo dentro del universo de representaciones existentes.

Es así, como la encarnación del sicario encuentra sus diferencias en las formas de producción que se dedican a este. De ahí que, en la literatura ficcional y producción audiovisual (cine, telenovela, documental, música) este es presentado más como un individuo, sin desmeritar la relación a su accionar, este último no es el papel central de los narradores; mientras que, por el otro lado, se encuentra la literatura especializada, académica y la prensa¹³, estos sujetos suelen ser narrados principalmente desde su accionar.

En cierto punto, podrá parecer descabellada y apresurada esta idea, y se podrá decir que muchos de estos acercamientos y la preocupación hacia estos individuos es sincera y altruista (en muchos de los casos). Pero una de las principales razones en los acercamientos académicos y mediáticos hacia estos, ha sido en función de la elaboración de juicios de valor.

¹³ La prensa muy asidua y determinante en la década que este fenómeno se fraguó.

Así pues, nos encontramos con que la figura del sicario es la de un individuo doblemente marginalizado. Se le ha marginalizado en la cadena de producción criminal y delincencial, así como se le ha marginalizado en la literatura y en la cotidianidad.

Hoy en día, se arguye mucho al comportamiento del narco y el traqueto, especialmente en constatación a un juego actitudinal y comportamental en función de la adquisición y la posesión de algo como instrumento de poder hacia otros; difícilmente se le dice a alguien “se te salió lo sicario”, pero si se le dice a alguien, pareces un “pillo”, y es porque este último es la cualificación hacía el sicario como individuo en la cotidianidad; aun así, el termino de sicario es proclive a la activación y desactivación del acto y no es reductible al asesino a sueldo, ni al asesino de la moto, es también un entramado comportamental, tal como lo expresaría Gilmer Mesa:

porque es que el sicariato no es solo el man que va y mata, sino lo que creó los combos en los barrios, ya eso es otra cosa, y eso es una cosa de finales de los 80 y muy afincado en el 90, que eso ya es otra cosa. Incluso muchos sicarios no mataban gente, pero sí pertenecían a los combos. (Gilmer Mesa, comunicación personal, 14 de noviembre de 2023)

Estas referencias permiten constatar que el sicariato en realidad si se consolidó en una multiplicidad de dimensiones y acciones, que naturalmente estaban en estrecha relación con el acto de matar, pero no limitadas a este. También, es perceptible el común denominador sobre el surgimiento y gestación de este fenómeno, agregaría doña Nena¹⁴

Mira que lo poco asusta y lo mucha amansa, desde el 86, cuando llego la devastación, cuando tantos jóvenes se engatillaron, cuando nos apabullaron, recordaba con nostalgia el tiempo de los punkeros. Eso lo vine a entender muy tarde. (Salazar Jaramillo, 1996, p. 52)

¹⁴ Doña Nena, es la voz de uno de los relatos recogidos por Salazar en *La génesis de los invisibles*, en el capítulo: La velocidad del caracol; es la madre de tres hijos, William, Oscar y Guillermo, proviene de una familia donde casi toda la generación de sus hijos y sobrinos, se esfumo en aquellos convulsos años, a William lo mataron mientras realizaba un robo y Oscar estuvo adscrito a una facción guerrillera y fue desaparecido por uno de sus primos. Es relevante acá, que William, es John Galvis, una de los jóvenes que ayudo a la construcción del guion de Rodrigo D' No Futuro, No actuó en la película por su muerte prematura, y es también uno de los personajes centrales en el documental: Cuando llega la muerte (1988). Si se quiere ampliar más sobre estas relaciones se puede buscar a Juan Fernando Ramírez Arango en Universo Centro.

Aun así, también existe una referencia sobre la génesis de este término como primera alusión al modo de significación sobre lo que era un sicario en la ciudad de Medellín, pues inicialmente la referencia se asociaba al asesino de la moto, hecho que ha hecho sumamente relevante ese instrumento para la escenificación y reconstrucción de la figura mediática del sicario, “realmente el primer sicario conocido que se tuvo aquí es Ramón Cachaco, que es de los 70's. Que es, bueno, incluso lo que podríamos llamar el primer asesino de la moto” (Gilmer Mesa, comunicación personal, 14 de noviembre de 2023), no solo se cree que Ramón Cachaco quizá es el primer sicario, sino también uno de los pioneros del tráfico de cocaína en la ciudad de Medellín.¹⁵

Figuras como Ramon “Cachaco”, el “Mono” Trejos, el «Caratejo» Saldarriaga, “Colilla” y “Toñilas” fueron referentes comportamentales y personajes dignos a emular desde los años sesenta y setenta en adelante, es en función de ellos en quienes se forjaron unas unidades de sentido en el grueso de la población de la ciudad de Medellín y municipios aledaños, pues para Luis Miguel Rivas, escritor de la región y criado en el municipio de Envigado también llegaron referencias de este tipo:

oí hablar con admiración del primer "verraco": *Mario Cacharrero*. Era el año de 1976 y el nombre lo mencionó El Mellizo, hijo de un camionero de la esquina de mi casa, que con sus diez años se imponía pisando duro, mantenía un palillo en la boca y decía que él era como Mario Cacharrero. (Rivas, 2011, p. 14)

El hecho es que, estos personajes lograron incentivar una serie de etiquetas, que poco a poco fueron calando y haciendo parte de la cultura popular de nuestra ciudad, pues referían a una serie de comportamientos, actitudes y acciones y en ocasiones sin distinción alguna entre una dimensión y la otra.

Naturalmente estas etiquetas vienen sobrepuestas a un conjunto de comportamientos, actitudes y lenguaje, que de alguna manera cargan con todo el conjunto significativo que se atribuyó a aquellas figuras de antaño. Surgen cuando hay una relación de poder que minimiza la posibilidad de transar y equiparar a su contrario. Lo cierto es, que, estas etiquetas suelen usarse

¹⁵ Esta información puede ser ampliada en Ramírez Arango (Ramírez Arango, 2019b).

como calificativos peyorativos; quizá Rincón (2013) tenga razón cuando dice que todos llevamos un *narco* adentro; pero, llevar al narco es llevar todo lo que este endilga, los sicarios, la exageración, la mentira, la violencia, la necesidad de ser, la aspiración de riquezas fáciles, el cambio de mentalidad y proyección activa sobre la vida, la filosofía del trabajo sin esfuerzo y grandes resultados, la posibilidad de brillar y ser reconocido¹⁶.

Existe pues una frase que es comúnmente asociada a esta serie de actitudes y mentalidades: “usted no sabe quién soy yo”. Lo que se esconde en esta frase, es que guarda un llamado reivindicativo que es posible extraer de aquellos jóvenes y habitantes que se hicieron y forjaron en las comunas y su violencia, pues la única manera conocida que tenían para reivindicar existencia era anulando la existencia del otro. Estos jóvenes engendrados en escenarios de violencia, donde su construcción de sentido se da en medio de la violencia y por ello sus respuestas al asumir los códigos del sistema normativo social, es la violencia.

Hay una invitación a conjugar el verbo tener en todos los tiempos. Sólo es vencedor el que sale adelante en lo económico. Lo de servir al otro queda reducido a hobby caritativo. *Creo que la violencia se volvió un fin es sí mismo*. Ahí es cuando se ve al muchachito de 13 años vibrar de emoción con una miniuizi. La violencia de los jóvenes se incrementó alrededor de la creencia en el dinero y las armas como fuente de poder. Muchos con un arma se sienten que salen de la marginación. Y cuando se junta enriquecimiento fácil, individualismo, más violencia, la bomba estalla. Y luego viene la cadena de odios, de rencores acumulados a través de las matanzas de arriba y de abajo, y eso se va en una espiral creciente. [énfasis agregado] (Salazar Jaramillo, 1996, p. 44)¹⁷

La manera en cómo estos jóvenes reivindicaban su existencia era extendida a cualquier manifestación de su cotidianidad y acción, desde la necesidad de hacerse notar, hacerse sentir, anulando cualquier condición de convivencia, pues para ellos la vida era: ellos o el otro; algo así es expresado en una canción de Rubén Blades.

¹⁶ Sobre esto ya se han construido una cantidad de literatura tipo ensayo y columnas de opinión en prensa, que puede ser fácilmente rastreable desde las categorías: cultura mafiosa y cultura traqueta.

¹⁷ Estas palabras pertenecen al padre Gabriel Díaz, fundador de la parroquia del Barrio Santo Domingo Sabio.

Yo, por él, no siento compasión
Nunca en vida él hizo algo por mí
Si es entre él y yo la selección
No me dolerá verlo morir. (Blades, 1999)

Este mismo patrón de existencia es el que fundamenta el visaje, extraído de la posibilidad de existencia y ser de esos jóvenes, que luego se representaría sin tapujos entre el grueso de los habitantes de la ciudad, es decir, el visaje como posibilidad de ser y desenvolverse. Pues, dar visajes era el medio para captar atención, era la competencia por sobresalir y eso indudablemente obliga al juego de anular la presencia de otros, aunque acá no con una manifestación directa de la violencia, como única alternativa de ser y darse un lugar, así es expresado por Mesa, acudiendo al recuerdo de una conversación con uno de sus vecinos:

me dijo muchas cosas que no recuerdo exactamente, aunque sé que todas giraban en torno a *lo grande que iba a ser*, quería conquistar las cumbres de la delincuencia y *ser respetado y temido como los patrones del barrio*, o más, se figuraba como la mayoría de los muchachos de la cuadra un futuro venturoso en el crimen, *lleno de plata y de lujos, carros, motos, fincas y mujeres para colmar esos espacios*, pero en el fondo tenía un vacío enorme como el de todos que pretendía llenar de artículos, réditos y obediencias, precaria aspiración con la que nos llenaba la cabeza nuestra exigua realidad. [énfasis agregado] (G. Mesa Sepúlveda, 2023a, p. 45)

Como en estas tierras el indicador natural de existencia es la posesión y con este la posibilidad económica, como máxima señal de desarrollo y logro personal, pero no es algo que solo haya cobrado vigencia en esas nacientes comunas, por su parte Vergara Molina (2018) también presenta hallazgos en la literatura del primer decenio del siglo XX, donde ya era manifiesto para los pobladores de aquella mítica pujanza el valor por el dinero, en referencia de que las cualidades deben ser lucidas: “¿Qué se gana con eso, si nadie lo sabe, sino lo muestra ni lo luce en nada? Es como tener dinero para enterrarlo.” (Vergara Molina, 2018, p. 120)

Así pues, la aspiración popular y general se puso sobre vacuos y superficiales anhelos, así lo piensa Gilmer Mesa:

si algo hicieron bien los bandidos en nuestra ciudad fue que nos endilgaron su modo de vida y su desparpajo como aspiración hasta hacerlo cultura, dejaron ese brote que fue convirtiéndose en maleza e inundó todas las capas de la sociedad hasta hacerse paisaje, tejieron con su ejemplo un manto con el que todos nos cubrimos desde esa época y para siempre, volviéndonos una colectividad deseante, impenitente, *que vuelve cualquier forma de ascensión social la única razón de la existencia, sin importar a quien tengamos que empujar, tumbar, embadurnar o quitar del medio para conseguir esa promoción.* [énfasis agregado] (Mesa Sepúlveda, 2023a, p. 46)

Algo se debe reconocer y es que gran parte de las representaciones que tenemos sobre la figura del sicario deviene de todo aquel ejercicio de producción literaria y fílmica, pues los efectos sociales es que ha calado un imaginario sobre estos individuos, asociándolo y marginalizándolo de ciertas prácticas. Pues muchas veces estos relatos e imágenes se han construido más en *el mito* que se tiene sobre el sujeto, que en su real hazaña.

El ser y el parecer: entre la antioqueñidad y el visaje.

El mito antioqueño es el resultado de diferentes expresiones de producción literaria, periodística, académica y artística; a su vez, el mito de los sicarios es una construcción periodística, fílmica, literaria y académica; es quizá esté el primer rasgo en común que encuentra este proceso de evolución sobre la mentalidad.

Son muchos los trabajos que se han ocupado del universo significativo de los antioqueños, entre ellos se destacan muchos que se han dedicado al estudio de la producción literaria emergente de esta región y la producción académica sobre esta misma región, muchos de estos en referencia a todo el proceso de modernización y constitución de ciudad o configuración urbanística.

Dentro de todo este entramado de producción y análisis regional, han surgido valores muy característicos de esta región que en suma han de ocuparse en una cualidad muy acentuada de los habitantes de estas tierras, *el mirar y ser visto* como condición inicial del entendimiento del visaje y *el ser y parecer*; como cualidad representativa del antioqueño, fundamento de ese ser *avispado*,

respecto a esta cualidad, Juan Luis Mejía (2010), después de introducir en su corto artículo y referenciar el cuento *Que pase el aserrador* de don Jesús del Corral (1914), comentara que el avisgado “tiene profunda confianza en sí mismo, por tanto no requiere de preparación, dado que su astucia natural le permite salir triunfante en todas las situaciones [...] no prevé las situaciones, las resuelve en cada momento gracias a su viveza”. (2010, p. 3)

Ahora bien, si Juan Luis Mejía, que en su crítica a los valores de la actual Medellín, de la nueva antioqueñidad, recurrió a un viejo cuento sobre la astucia del paisa, de los hombres de esa Antioquia soñada y colonizada, nos plantea el interrogante por aquella continuidad histórica, por esa pervivencia valorativa y la constitución y anclaje de una mentalidad particular.

A todo esto, la historicidad y el tratamiento sobre el “nuevo sistema” de valores de Antioquia y su capital Medellín, se ha abordado como una discontinuidad histórica de los habitantes de esta región; pues este tratamiento a estado transversalizado por el escaso reconocimiento que ha surgido en aquel tránsito de lo rural a lo urbano, pues aún se sigue conservando la imagen del antioqueño como un hombre de campo y con arraigos por su tierra, tal como se puede notar en la siguiente cita:

La historiografía actual sobre temas medellinenses ha pensado la historia de la capital antioqueña desde perspectivas muy alejadas a lo que la configura como ciudad, enfocándose en hacer una historia de los barrios y de los cambios poblacionales que ha experimentado. Muy poco se ha tratado sobre el surgimiento de la idea de ciudad en la mentalidad de los medellinenses que experimentaron este cambio, especialmente en ese paso de villa colonial a ciudad, un proceso lento y de largo alcance que solo se afianzará cuando ya estaba bien entrado el siglo XX. (Vergara Molina, 2018, p. 10)

En este sentido, las creencias en la ciudad pujante que se solidificaban con el aumento de la urbanización e industrialización encontraron su contraparte e interpretación en las barriadas periféricas, que, desde mediados de siglo iniciaron su expansión hasta ahora; el supuesto “detrimento de los valores” es coincidente con la densificación de poblacional, pues esta nueva afirmación de los valores tradicionales de los antioqueños encontraron reacomodo en beneficio de la ilegalidad. (Guerrero Rodríguez, 2009)

¿Reinversión de valores? ¿Nuevo sistema valorativo?

Para Mejía Arango (2010)¹⁸ lo que sucedió en Medellín en la época de los carteles de droga y el sicariato fue una reinversión de valores, el cambio de la ecuación sobre la realización individual de los sujetos, pues a los antioqueños se les ha visto siempre como hombres de templanza y laboriosidad.

Para muchos, desde aquella época la ciudad de Medellín como muestra representativa de Antioquia, sufrió una reinversión de valores, se modificó y transformo todo aquel sustento moral y practico que sirvió para cimentar las bases de una mentalidad regional.

Es así, como con la incursión de esas nuevas dinámicas se arguye a cambios muy notables en el comportamiento y conjunto de prácticas, que por demás se dan como institucionalizadas,

Este hecho implicó una modificación de comportamientos que se han ido asentando en la vida cotidiana y estas nuevas dinámicas sociales se han convertido en referentes de un modelo de vida que puede ser emulado y reproducido por una parte de la población colombiana. (Correa Ortiz, 2021, p. 7)

En realidad, lo que sucedió en Medellín es que a una élite que se sobrepuso a otra en algún momento histórico, se le sobrepuso una nueva, es un tema de sucesiones, la diferencia radica en el origen de sus fortunas y valores que les permite incrustarse en las elites. El mito del antioqueño coincide con esa segunda fase que describe Romero (2011) como las sociedades burguesas de América latina, 1880, es donde se crea y se fortifica, se vanagloria el trabajo y se contrapone con una serie de moralismos, que son los mismos valores expresados por los nuevos ricos de la segunda mitad del siglo, cambiaron las formas de reproductibilidad de riquezas.

Es un reordenamiento de castas y blanqueamientos culturales, la necesidad de letrearse y culturizarse, que no es algo nuevo, también hace presencia en la nueva literatura sobre esos señores, esos patricios de nuestra época.

Es, sobre todo, una imitación más feroz y global, quizá de aquí devienen muchos de los cambios, pues la constante interacción con Estados Unidos, llevo a que se imitaran sus prácticas,

¹⁸ Esta información puede ampliarse de manera actualizada en podcast de ExorcizArte Pablo, Capítulo 1: Horizontes perdidos Juan Luis Mejía. (*Horizontes perdidos.*, s. f.)

es el otro mundo. Esto explicaría ciertas estéticas (uso de ropa y prendas) culturales, musicales, el valor de los carros. No es que haya cambiado la mentalidad, solo se modificaron ciertas acciones y manifestaciones, la continuidad mítica y cadena de valores de Antioquia, la correspondencia entre el pasado para la legitimación del hoy.

Salazar (1990) presenta al traquetero como el vínculo de resocialización de la tradición cultural paisa, al retomar signos y símbolos anclados en la memoria colectiva, ya que la mayoría de los traqueteros era de origen campesino y popular. Esta interpretación es atinada, a condición de que esos símbolos se refieran al espíritu aventurero, al arrojo y a la resolución de dificultades, como lo que son: rasgos míticos de la heroicidad antioqueña. (Villa Mejía, 2000, p. 88)

Los traquetos fueron los que trajeron el modo de vida, evidenciaron la imitación del “nuevo mundo”, es decir, una serie de gustos y formas de vida puramente norteamericanas. Pero, ese patrón de imitación ya era algo muy cimentado en la mentalidad antioqueña; el antioqueño se reconoce como un ser de identidad propia en la medida que ocupa elementos de otras culturas. Así, para Vergara Molina (2018) la constitución de Antioquia y su tránsito hacia la consolidación de ciudad estuvo muy marcada por los modos de vida imperantes en Europa, gracias a personajes y proceres que viajaron allí y trataron de reproducirlos en la cotidianidad de Medellín.

Estos valores puramente estéticos, eran percibidos por los habitantes de la ciudad y por ende proclives a ser imitados, pues si las clases prestantes asumían una serie de comportamientos y gustos, era legítimo querer y aparentar comportarse como ellos lo hacían. Quizá es esta una manera de pretender pertenecer a algo. Aunque, indudablemente ese ejercicio de asumir comportamientos que no encuentran una correspondencia con el espacio y la posibilidad de reproducción generó formas aparentemente nuevas y superficiales en las expresiones culturales.

A la estética traqueta o narca se le endilga incluso una nueva corriente estética, esa que es opulenta y exagerada, el gusto por los elementos grandes y llamativos, como el uso de camionetas, expresiones de la moda, mujeres operadas, incluso como corriente arquitectónica, que ha sido calificada como narco estética o *Narc Deco* (Corre Ortiz, 2012), aunque bien estas expresiones nada tienen que ver con el sicariato, pues como hemos visto, este ha quedado

relegado y marginalizado en toda la cadena de producción, haciendo que su incidencia y representación sea solo la violencia.

Lo cierto es que, el acto de presumir y aparentar es algo muy propio de la Antioquia fundacional, acción que emanaba la necesidad de encajar y pertenecer, que no es solamente proclive a lo *narco*, aunque estos desde su posibilidad económica podían sobre exagerar esa suerte de conductas y mostrarlas abiertamente, no se limitó a ellos y no era solo de ellos.

Ahora, cabe la pregunta por la relación persistente entre las formas estéticas y las formas éticas, de qué manera todos esos cambios físicos y estéticos nos pueden manifestar y responder sobre los cambios éticos por los que se cree la población antioqueña y su capital han atravesado desde finales del siglo, es decir, entre aquellas convulsas décadas de los ochenta y noventa.

El visaje como medio para el agenciamiento.

¿Por qué considerar que el visaje es un medio de agenciamiento y para el agenciamiento? Para responder a esta pregunta es necesario pensar en la manera en que históricamente se han establecido los vínculos en la región de Antioquia. Pues desde la fundación de la ciudad de Medellín las relaciones entre sus proceres estuvieron fijadas en un astuto juego de competitividad, donde mediando la necesidad de mostrarse a un público más amplio estos se vieron inmersos en cuanta empresa fuera posible para resaltar entre ellos mismos. Por esta razón, es que se llegó a construir un castillo en la ciudad, se crearon fundaciones y donaron grandes riquezas en procura del beneficio de los habitantes de la vieja Villa, así aparecieron los lotes para el aeropuerto, los lotes para la construcción de colegios y hospitales, entre muchos otros hitos de gran relevancia en la ciudad.

Con esto, se puede decir que el visaje es toda acción realizada con la intención de ser visto, de ser tomado en cuenta, para así ser parte de los anaqueles de la historia del complejo espacial en el que se está inmerso. Los antiguos proceres en la ciudad, en general, vanagloriados y respetados por toda esa vieja élite, y algunos cuantos que se sintieron beneficiados por la acción caritativa de estos; similar sucedió con los primeros bandidos de la ciudad, con un impacto un tanto más reducido y delimitado a sus localidades, hechos que pavimentaron las vías para el reconocimiento de los que serían los próximos gestores de las relaciones sociales en la ya consolidada ciudad, los capos y traquetos. Los primeros fungieron como grandes empresarios,

por eso su impacto espacial es más amplio y logró tener mayor envergadura, ya sea por su obra caritativa o su desmesurada violencia; mientras que los segundos, tuvieron impactos más locales, con incidencias que no lograban superar el orden municipal. Por último, nos encontramos con la figura de los sicarios, incidencia que estuvo delimitada por los contornos del barrio al que pertenecieron, pero, de alguna manera estuvieron atravesados por los mismos influjos, marcados por el mismo cuadro comportamental y actitudinal, pero con una presencia más diseminada, especialmente entre todos los contornos de Medellín y su área metropolitana.

Es quizá esta la razón, por la cual, estos individuos que como particulares tenían contactos con espacialidades muy pequeñas aun así lograron dotar y ser marco referencial para el fuerte de la población de la ciudad, pues sus lugares de origen, por razones morfológicas y demográficas lograban manifestar un rasgo de densificación que no era perceptible en los barrios de la “gente de bien” y acomodada de la ciudad y su área metropolitana.

Así, para Lozano (1993) el proceso de socialización es asimilado por las juventudes y niños por costumbres propias de los barrios, mismas que son el fruto de años de evolución y acoplamiento a los entornos, que, a su vez, genera una especie de dialéctica, en cuanto sus condiciones manifiestan cambios de generación en generación.

En este sentido, el visaje se constituye en diversas dimensiones: como mentalidad, práctica, aspiración e imaginario; también, es asumido de diversas maneras. Por tal razón, esa mentalidad encuentra en la vida práctica formas de materializarse, principalmente en el lenguaje, sea este oral o corporal, y así, también impregna todas las formas de materialidad desde el sentido que los sujetos le atribuyen.

A todo esto, el visaje posibilitó el agenciamiento y el escalamiento de muchos jóvenes en estas estructuras, desde una condición y obligación que en esos grupos y barrios se llamaba “probar finura”; pero existe aquí una contradicción, cuando se ha escalado mucho, el individuo debe despojarse de este, debe ser más cauto y discreto. La discreción es todo lo contrario al visaje, en sentido de que mientras el primero funge como una auto represión, el segundo es una exaltación exagerada de alguna cualidad, de buena manera ha sido expresado por Gilmer Mesa:

él empezó a buscar cercanía con la esquina, pasaba por allí saludando a los bandidos y se quedaba cerca, revoloteando, haciéndose notar, hasta que un día se compró un bareto e intentó fumárselo sin saber cómo, a la vista de todo el mundo, atrayendo la atención de

todos porque cada que le daba una pitada su cuerpo ingenuo en humos se la devolvía en un incontenible ataque de tos que lo retorció hasta las lágrimas, [...] así estuvo unos cuantos minutos hasta que uno de los bandidos se allegó a donde estaba [...] cada vez se le veía más cerca de los contornos del combo, le empezaron a encomendar mandados y vueltas pequeñas, *perfilándose como un óptimo aspirante a pillo*; como ocurría con todo el que empezaba esa *metamorfosis*, *su actitud cambió, se fue haciendo más hostil y adoptando lenguaje y maneras más rudas*. [énfasis agregado] (G. Mesa Sepúlveda, 2023a, pp. 35-36)

Si bien, la definición sobre el significado del visaje para la época era el acto de ocultarse y no llamar la atención, el mirar a hurtadillas, no es que lo fuera en realidad. Puesto que, para poder pertenecer a grupos particulares el individuo debía tomar actitudes con el fin de captar atenciones, y era expresión comúnmente usada en procura de no despertarla, de ser cauto; por ejemplo en la novela de Aranjuez esta refiere al acto acá descrito: “vaya y tráiganos el mandado, que mientras desayunamos le cuento, pero apúrese y no dé visaje que la cosa no salió del todo bien y si me demoro mucho van a venir por mí” (G. Mesa Sepúlveda, 2023a, p. 98).

Sin embargo, esta expresión si es usada por los jóvenes de la época para dar cuenta de la escenificación que se tiene a la hora de asumir una moda, una tendencia y hacerse pasar por un fiel representante de la tendencia o el espacio:

Me impresionó mucho una pelada que se había afeitado las cejas y se pintó el pelo de rojo. Parecía un espanto. Claro que también había punkeros serios, *que no daban visaje*. El pelusa me enseñó a que el verdadero punkero no es el que se tusa la cabeza como crin de caballo, o se pega ganchos y güevonadas en la piel. *Esos son sino fachada, pira vitrina, decía*. Él vestía común y corriente, como cualquier pelao, y era un punkero a morir. Para él primero la música. [énfasis agregado] (Aricapa Ardila, 1998, p. 42)

En este sentido, el visaje se construye a la suerte de sus influjos más notables, las posesiones, las prendas de vestir, las apariencias, el alarde y todo aquello que los haga verse presuntuosos. “Se parchaba con las chaquetas más chimbas. A toda hora parecía que tenía plata en el bolsillo, así no tuviera ni cinco” (Aricapa Ardila, 1998, p. 65). Así el visaje aparece como el

arte de la apariencia, aunque, como un asunto inocente, pero orientado con fines específicos, tanto que puede denotar como cualidades narcisistas sobre las personas, tal como se aproxima a la definición de la siguiente imagen:

Figura 2

Significado actual de la palabra visaje.



Nota. Fuente <https://bit.ly/3HPNZZy> (Instagram @neologiamedellin).

Con todo esto, lo que se plantea es que el visaje funciona como un medio para resaltar la pertenencia a algo o como mecanismo de agenciamiento. El Visaje, si bien es cualidad del antioqueño promedio, es solo a partir de la figura del sicario o, lo que sería más preciso, de los jóvenes de la ciudad, que este se evidencia como código de pertenencia y agencia, y es a partir de aquella época que ese asunto de ser presuntuoso, exagerado, de aparentar saber algo y tener habilidades, puede ser llamado como tal, puesto que la circulación de la palabra visaje en el habla medellinense encuentra sus raíces con esos jóvenes; todo esto, por la necesidad de ellos mostrarse para poder ingresar, ser parte de . Por eso se exageraba en actitudes, es la búsqueda por exaltar las cualidades individuales, la necesidad de que se te reconozca por algo y se te de valor.

Es cierta medida es también una estrategia reivindicativa, en cuanto encarna la necesidad de visibilización hacia la hostilidad de la estigmatización, pues si no somos aceptados, creamos nuestros propios códigos y formas, aunque, el comportamiento del sicario pretenda una imitación corpórea y actitudinal del traqueteo. Pues es una cadena de constantes emulaciones. Pues los “patrones” marcaban las pautas de consumo y materiales, en esa medida esas pautas eran

consideradas necesarias para ganar valor y respeto. Así las cosas, el visaje es una exigencia del entorno.

Es quizá la única característica real que se desprendió de estos sujetos. ¿Cómo se configuro esto? Al estar privados de posibilidades, estos reivindicaban pertenencias y visibilización en las medidas de sus posibilidades, con astucia, con verraquera y avispándose.

A continuación, se presenta unas pequeñas aproximaciones del visaje en relación a espacios diferenciados de participación en los individuos y como medio para este:

- El visaje es decirle al otro yo también tengo y puedo, y, gracias al visaje hemos tenido malandros muy malandros y hasta “grandes” artistas. Estos últimos alimentando su acción en la cultura popular, y nuestra cultura popular es Pablo y el narcotráfico, la jerga o parlache, nuestras estéticas callejeras y sicariales, el pelao parchado y chimbita.
- El visaje es esa capacidad comercial de los paisas. Es esa mentira constante, ese llamar la atención a toda costa. Es fingir. Es la desvirtuación de las clases, como potencial del visaje en espacios de celebración¹⁹, pero que también es algo que opera en el sector económico.
- El visaje, no solo remite a un asunto de aparentar en función de los elementos acá descritos; de hecho, lo que se resalta del visaje es la necesidad de sobresalir en diferentes espacios; para distinguirse en los espacios solo es necesario sobre exagerar los códigos comunicativos de esos espacios. Por eso, se puede ser visajoso en términos laborales, en espacios organizativos y académicos, barriales, privados, a decir, es llevar “la calle” de cada uno de esos espacios.
- El visaje es ese carácter camaleónico de los individuos de esta tierra. Este actúa como mecanismo de “meta-socialización”, es decir, le posibilita al individuo pertenecer a múltiples espacios, es en cierto grado una capacidad de adaptabilidad, el visajoso es aquel que se cree experto en todo, pero con la intención de encajar,

¹⁹ A propósito de esta referencia, para Juan Camilo Domínguez sociólogo de la UdeA, “la alborada es una de las actividades más populares que hay. Sí entendemos lo popular como algo masivo, que **mezcla todas las clases, desde El Poblado hasta Villa Hermosa**, toda la ciudad en el sentido de lo diverso”. Tomado de: X (antes Twitter) de @MutanteOrg el 30/11/2023.

es aquel que no tiene cuadro identitario definido, sino que este es muy fluctuante, es como aquel que se engala para un baile.

- el visaje es algo que se construye y reconfigura por unos anclajes de la cultura, pero añade nuevos supuestos, estos supuestos son materialidades, el visaje es entonces su aprehensión.

En definitiva, no es que lo *narco* y lo *sicario* contengan cargas de particularidades inherentes solo a esas dinámicas; en realidad, lo que esto hizo fue escenificar con algo de exageración pautas comportamentales y códigos sociales de los espacios de socialización en que están inmersos. A esa exageración es a la que se le llama visaje.

No es pretensión de este trabajo decir que todos los jóvenes de los barrios de Medellín hayan sido sicarios, o que toda agrupación juvenil es susceptible de serlo. Pero si que, gran parte de los jóvenes de Medellín y el área metropolitana, manifiestan actitudes desprendidas y evidenciadas que se le endilgan al sicario y todo lo concerniente a lo *narco*. Pero, en realidad es la escenificación de unas lógicas comportamentales constitutivas a lo largo de la historicidad de la ciudad de Medellín.

Sobre la espacialidad: el fenómeno y la construcción de sentido en las comunas.

Hasta acá el problema se nos presenta en nivel de escalar; pero, no es acaso posible que estas escalas locales que si bien con poco impacto espacial, pero con un grado de replicabilidad y correspondencia con otras unidades espaciales de características similares, hayan logrado calar en la psique colectiva de gran parte de la sociedad paisa, incluso por encima de las grandes figuras que son conocidas y reconocidas en diferentes ámbitos regionales.

La hipótesis que se plantea es: el sicario termina siendo el más cercano al común de la población, muchos de ellos consiguiendo algo de resolución económica y como por idiosincrasia paisa, si consigues dinero te vas para un mejor lugar, abandonas el barrio, buscas correspondencia con tu posibilidad económica, per al hacerlo, llevaban consigo toda su carga simbólica, de valores y relacionamiento; permitiendo esto impregnar nuevas espacialidades con códigos similares.

Por otro lado, puede que la intención de la obras en mención y sobre todo, de gran parte de las producciones subsiguientes no era la del *determinismo sectorial*, si han influido en la

construcción de un imaginario sobre la comuna nororiental y sus barrios, debido a que el grueso de las producciones o al menos las que han tenido mayor protagonismo mediático, situaron la problemática de la violencia en Medellín en aquella comuna y desde entonces la construcción del fenómeno ha estado allí; pues en las reflexiones que Gilmer Mesa posa sobre su libro *Aranjuez*, expresa también esta sensación: “Durante mucho tiempo solo se habló de este lugar como la cuna de la muerte, el sitio donde nacieron asesinos, bandidos y ladrones, el epicentro del crimen, y en alguna medida lo fue”. (G. Mesa Sepúlveda, 2023a, p. 288)

Hay que aclarar que la construcción de los fenómenos (porque se consideran como tal) son antes que todo, una construcción lingüística y comunicacional que les otorga un sentido, pues, para existir deben coexistir con el lenguaje; la acción sin lenguaje no es una acción dada, es casi que inexistente. Esto con el fin de introducir un argumento desde *el parlache* para dar a entender el punto que me propongo a dar.

Y, es que el fenómeno no solo ocurrió en la comuna nororiental, era un fenómeno de toda el área metropolitana, con un patrón común, persistía y se desarrollaba o germinaba principalmente en barrios piratas, invasiones y marginales, donde la necesidad siempre impera, así lo expresa Ricardo Aricapa en una de sus crónicas de 1997:

A comienzos de los años ochenta, cuando en Medellín se aceleraron las contradicciones sociales y su mapa urbano quedó partido en dos – un sur privilegiado y un norte marginado – en este último se empezaron a escuchar ciertos terminachos raros; palabras nuevas nacidas en las esquinas, que viajaban en boca de los muchachos. (Aricapa Ardila, 1998, p. 241)

Pero este sentido, que es de toda la ciudad, es un constructo colectivo, una constante interacción de individuos pertenecientes a diferentes barriadas, que se cruzaban en los *cruces*, en las discotecas, en las zonas rosas, y en la cárcel, es así como estos sentidos tienen una transitabilidad casi que homogénea entre un espacio y otro y por esta misma razón, las similitudes entre una comuna y la otra eran casi idénticas, lo dice Mesa (2023b)²⁰, como las *ciudades espejo*.

²⁰ Ver: Mesa Sepúlveda, G. (2023). La otra 70, la de Castilla y el punk. *Universo Centro*, 137, 6-7.

el barrio espejo con que rebosaba mi visión cada día desde que amanecía hasta que cerraba la puerta antes de acostarme, el mundo enfrentado: Castilla [...] un barrio parecido al mío, aunque con algunas diferencias, las calles eran más angostas y las casas más pequeñas. (G. Mesa Sepúlveda, 2023b)

Pues en las hipótesis presentadas por Ricardo Aricapa en su crónica: *la real academia del parlache* se cuestiona desde las conversaciones con las personas de los barrios y su enunciación sobre la posibilidad de caer a la cárcel o *cana* (como se menciona en el libro), frente a esto apunta:

Es por eso que, la jerga carcelaria y del delito está tan extendida en los asentamientos urbanos (porque gran parte de los habitantes de estos barrios ha purgado una condena) Allí goza de buena salud, la misma que tuvo en la vieja ciudad de Buenos Aires la jerga lunfarda que alimento los tantos tangos a principio de siglo. (Aricapa Ardila, 1998, p. 249)

Muchas palabras que encontraron circulación en los jóvenes paisas provienen del exterior, que probablemente fueron el producto de toda esa transacción de droga, que también era cultural, una de estas hipótesis es arrojada por Luz Stella y José Ignacio Henao, y que es registrada en *Tríptico de parlache* de Juan Fernando Ramírez.

Aunque Aricapa, lamentablemente, no le preguntaría a Carlos Robeiro Valencia Gómez por qué lo apodaban El Parcerito, hay dos teorías para el origen de “Parcero”: 1) Que es una aféresis de “Aparcero”, vocablo que, según el DRAE, es “Compañero, amigo”, en Argentina, Bolivia y Uruguay. Y 2) *Que viene de “Parceiro”, un préstamo léxico del portugués de Brasil que se dio por el contacto entre trabajadores de ese país y de la comuna Nororiental de Medellín en Tranquilandia, sí, aquel gigantesco complejo de diecinueve laboratorios para el procesamiento de cocaína sito en plena selva del Caquetá.* Esta segunda teoría la avalan, por ejemplo, Luz Stella Castañeda y José Ignacio

Henao, autores del Diccionario de parlache. [cursivas agregadas] (Ramírez Arango, 2019a, p. 5)

Ahora bien, no deja de ser atribuible la posibilidad de que este nuevo entramado del lenguaje, que también encuentra sus raíces en el tango y la cultura lunfarda, pero también es la posibilidad de una constitución de un lenguaje propio, pues "donde hay ciudad, hay no sólo funcionamiento urbano, sino también -y al mismo tiempo- lenguaje urbano" (Castell, 1975, p.175 citado Villa Mejía, 1986, p. 17) y es este lenguaje el que se construyó en concordancia con la formación de los espacios de la urbe que se ha venido desarrollando desde entonces.

Indudablemente Medellín es un referente, que demuestra que no es tomado aislado de sus localidades cercanas, esto es perceptible en las historias, tanto de locales como externos. Pues sus fronteras culturales, sociales y económicas no se delimitan con la división político-administrativa. Por el contrario, las únicas fronteras existentes para las dimensiones mentadas son interpuestas en los barrios y cubren pequeñas fracciones de espacio, por las bandas y grupos que se consagran en estas.

Y allá, en Envigado (vista de afuera, Medellín es el barrio principal de esa gran ciudad compuesta por Sabaneta, Caldas, Envigado, Bello, Copacabana, Girardota, La Estrella e Itagüí. O sea que Medellín además de ser la capital de Antioquia es la capital de Medellín)," (Rivas, 2011, page 14)

Así las cosas, sería atinado decir que significativamente Medellín comprende todos los municipios del área metropolitana, y en términos de prácticas sociales los individuos no se ven limitados por esto. Aunque claro es que en el periodo que este fue villa, así ya eran las cosas, pues la separación y fragmentación del territorio se dio tiempo después de sus primeros asentamientos.

Aun así, no he hondado por otros espacios, como lo son las cuadras, las esquinas, las canchas y los barrios, pero para esto es precisa la descripción que Jaramillo Morales & Restrepo Uribe (2020) brinda al respecto:

De este modo, analizo, en la relación entre prácticas y lugares, que en aquellos que estuvieron en la delincuencia las nociones de los lugares se encontraban más cerca de las cotidianidades de los barrios: La esquina, la cuadra y el barrio, se convierten en cierto relato de pertenencia que nutre el sentido de estar en alguna dinámica delincencial. Estos testimonios entre lugares y prácticas no dan cuenta de una historia de vida lineal en la cual encontrar elecciones sobre ser o no parte de algún combo. (2020, p. 151)

Es decir, el sicario como unidad de sentido encuentra sus atributos en el lugar que es nombrado, puesto que el sentido siempre es local; pero, esta localidad es diferenciada, y es susceptible al lugar donde se construya el sentido, que naturalmente deviene de un ejercicio de clases. Si bien estos sentidos coinciden en que esta figura indudablemente está asociada a la violencia y es también una tragedia, para aquellos que han forjado un conservadurismo cultural y han de considerarse víctimas; sin ir más lejos, a “las historias de los habitantes de estas comunas que han sido a veces idealizadas, atribuyéndoles cualidades excepcionales, y otras veces estigmatizadas, señalándolas como las culpables de los grandes males de la sociedad, y muy especialmente de la violencia.” (Salazar Jaramillo, 1996, p. 113)

Por otra parte, el termino de comuna es más peyorativos. Aunque en realidad, todos en Medellín viven en alguna comuna, y esta como concepto refiere sin duda alguna a un grado de homogenización espacial y poblacional, siendo estos los dos principales criterios de caracterización, que en algunos casos encuentra rasgos de correspondencia entre el entorno físico espacial, como los rasgos fenotípicos, morfológicos y físicos de sus individuos. Aunque hoy por hoy se encuentre un vasto listado de sinónimos para referenciar esta serie de conglomeraciones humanas, que en algunos casos las hace más apropiadas para definir un proceso social a otro, Cabe acá una pequeña disertación sobre sobre aquel carácter de las teorías materialistas, pues en resumidas, estos dicen que las series de prácticas que los individuos realizan se ven condicionadas más no determinadas por el lugar espacial que se ocupa.

En este sentido, la ciudad de Medellín se presenta como un escenario para lucirse y ser de otra forma, eso explica el auge de los extranjeros con dinero, la disposición del lujo, más que como adquisición es comercio. Actividades de los pequeños ricos.

Asistimos pues a una reconfiguración de valores, por ende, una reconfiguración de formas de reproductibilidad social. Y esto, indudablemente obliga a pensar en el purismo conceptual en referencia a, si todas esas formas pueden nombrarse, por mera aquiescencia formal y de cercanía como se nombraban antes.

Por antonomasia Medellín es visaje, es más de lo que parece.

Conclusiones.

La violencia.

Algo es claro, es que la violencia y la truculencia de esos años desbordo cualquier posibilidad hacia una comprensión precisa. Si bien, son muchos los trabajos que han intentado diferenciar y catalogar estas violencias, ya sea en función del tiempo (periodización) o su tipología y repertorios (actores), estos esfuerzos han sido insuficientes debido a la naturaleza del problema. Pues, son muchas las referencias escritas y orales que obligan a replantear la conceptualización que devino a raíz de esa oleada de muerte y violencia homicida en la ciudad y su área metropolitana.

Incluso, la literatura que ha sido catalogada como *sicaresca* ha quedado corta al describir el fenómeno del sicariato; pues, en cierto consenso general, estos sujetos eran los que se vinculaban al homicidio como oficio, como una labor. Pero, lo que en realidad sucede, es que el sicario era todo aquel que estaba inserto en una red de socialización, que imponía códigos y normas comportamentales, donde el acto de matar era el resultado de la única manera posible y conocida hacia la resolución de conflictos y discordias, de reivindicar existencia y pertenencia.

ya no eran niños sino adolescentes proclives a las seducciones de la esquina y deseosos de lo que no tenían, pues ella había suplido sus necesidades básicas hasta el momento, pero hay otras necesidades en la adolescencia que son tan prioritarias como las básicas, y más urgentes, como la aceptación, la pertenencia, la afirmación y el afecto de los iguales, y esto solo lo brindan la calle y los amigos. (G. Mesa Sepúlveda, 2023a, p. 262)

En otras palabras, de la literatura existente que se basa o toma como tema central la juventud de las barriadas y de alguna manera es presentada como una memoria de los sicarios, estos individuos se ven más transversalizados en su acto de matar por el “ajuste de cuentas” personales, que por contrataciones; es decir, es más persistente el relato de la retaliación que del oficio.

Sobre los tratamientos.

Algunos de los análisis dirigen este aspecto a una especie de reinención de los valores, pero solo porque en apariencia se muestran diferentes, es decir, desde el símbolo construido, sea este material e inmaterial. Así, lo cultural manifestado en valores, creencias, preferencias y significaciones constituyen las bases que, las formas primeras de la violencia contienen dentro de sí, los condicionantes institucionales para su manifestación y reproducción.

Pensar o incluso nombrar que el sicariato fue consecuencia de los carteles de droga y decir que la violencia sicarial ya no persiste en la ciudad, induce, por criterio lógico, a pensar que el narcotráfico también murió. ¿Qué tan diferentes fueron las dinámicas de las milicias, cuando los patrones de movilidad social son los mismos? Lo que, si es cierto, es que hoy en día se habla de una evolución de estas dinámicas (narcotráfico); incluso, esta evolución trae consigo cambios comportamentales y actitudinales en estos individuos, adquiriendo pues nuevas representaciones corporizadas, nuevas estéticas y gustos²¹. Pero, aun así, la referencia a lo traqueto y mafioso sigue sobrepuesta en aquel imaginario que se tuvieron sobre esos actores de finales del siglo XX.

Así mismo, se evidencia que hubo un registro y/o abordaje tardío por parte de las unidades académicas, por ello, fue la prensa quien nombro aquel proceso y fue esa misma quien más hizo un tratamiento sobre lo que sucedía en aquella Medellín. Esto permitió forjar una imagen un tanto errada y superficial de aquella realidad que atravesaba la ciudad.

Si bien uno de los acercamientos más conocidos a dicho fenómeno fueron los trabajos realizados por Alonso Salazar, el que mayor protagonismo de ellos ha tenido sobre el fenómeno ha sido el titulado *No nacimos Pa' semilla*, trabajo abocado a describir el fenómeno de las bandas juveniles y las violencias de barriadas en la ciudad, con esta se arguye como a una radiografía muy densa sobre lo que sucedía, aun cuando su foco de análisis estuvo centrado y delimitado en la comuna nororiental, hecho que llevo a una generalización *sui generis* sobre todo el proceso cultural de la ciudad.

Aunque, en este se establece una diferenciación entre los integrantes que pertenecieron a una banda juvenil, a una estructura sicarial asociada al tráfico de drogas o los Carteles, a una estructura paramilitar – que puede ser anacrónica – o a una milicia popular (que normalmente son

²¹ Para ampliar esta información, se pueden consultar McDermott (2018)

asociadas a estructuras guerrilleras, aunque en la ciudad hayan primado los grupos independientes).

Pues muchos consideran esta obra de Salazar como un acercamiento y descripción del fenómeno del sicariato, y en la obra las distinciones de los individuos se dan por la narración de ellos mismos, y en realidad varias de las personas que entrevistó Salazar eran milicianos.

El sicariato de Medellín de los años ochenta y noventa a los cuales rastreó su origen en los setenta tuvo un impacto social más marcado, con esto refiero a que su agudización respondió más a reacciones del contexto sociopolítico, socioeconómico y sociocultural, fue entonces el resultado de una serie de imbricaciones culturales, económicas y sociales que se acentuaron y forjaron bajo el manto de una permisiva política, regional y nacional. Por no decir de la permisividad familiar como primer espacio de socialización.

El sicariato de esta época logró marcar y acentuar una psique colectiva en el fuerte de la sociedad (por no decir que en su totalidad) que es perceptible en los comportamientos característicos de la región y en las transformaciones de la ciudad, en sus lógicas y materialidades. En consecuencia, para hablar de la Medellín actual, es necesario referirse a la década de los ochenta y noventa como el escenario de definición de lo que es hoy esta ciudad.

La relevancia de esta época es el surgimiento de unos actores diferenciados y unificados caracterizados principalmente por la manera en que operativizaban su actuar, que no era más que la estandarización y agudización de unas dinámicas ya muy ancladas en el devenir histórico de la Colombia de los años cuarenta en adelante, estas dinámicas, entre tanto, hacen parte de lo que hoy por hoy ha de nombrarse como los repertorios de violencia, esto es, la diferenciación de estos actores radica en el cómo instrumentalizaban la violencia y el para que lo hacían, cuáles eran sus móviles.

Por otro lado, la mayoría de los acercamientos y enunciaciones de esa *herencia traqueta*, a decir, sobre la reconfiguración de la identidad regional de Antioquia, quedan en los formatos literarios y de ensayo, debido -supongo- a que no hay como una teoría mínima que permita su explicación, pues la complejidad del asunto radica en que se debe escarbar y relacionar diferentes enfoques teóricos, y en tal sentido aducir a el sentido lógico en la posibilidad de combinar explicaciones intermedias de fenómenos más o menos similares, por ejemplo: la identidad, la cultura popular y el sentido común, la marginalidad, la historia; de manera que, se pueda configurar una explicación abarcativa y precisa sobre lo sucedido frente a las interpretaciones y

las representaciones del mismo fenómeno. En pocas palabras, es la construcción de una teoría intermedia que se ocupe de la forma y el contenido del fenómeno sin situarlo necesariamente en otra serie de enfoques, como lo son el *habitus* bourdieusiano.

Si bien no hay muchos trabajos “formales” que aborden el tema en cuestión y hagan relaciones directas, si se constituyen como datos y representaciones de la realidad, y eso es lo que el sociólogo debe demostrar, cómo seguir negando que aún persisten hechos susceptibles al análisis, si aún somos varios los que percibimos lo mismo, a pesar de que haya otros tantos que quieran pasar la página de esos años.

Sobre la representación cultural de los antioqueños.

No es que las expresiones paisas sean paracas ni narco-estéticas, ni contengan en si unas narco-éticas o sean narco-culturales, ni que seamos un narcoestado, ni narco-paramilitares. Es que Medellín como espacio de definición de la nueva antioqueñidad, dotó y apporto los elementos que permitieron darle unas formas a esos comportamientos; es decir, es más apropiado decir que el paramilitarismo es muy paisa, a decir, que en los paisas se configuró un espíritu paramilitar. No es que estas estructuras estén fuera de la psique colectiva de Antioquia, es que la psique colectiva de Antioquia jugo un papel importantísimo para que esas expresiones se manifestaran como lo hicieron.

Solo hace falta leer un poco de historia política en Colombia y ver como en Antioquia operaba ese *apartheid paisa*, pues rara vez apareció esta región imbuida en todo ese proyecto nacionalista de la constitución del Estado colombiano, y como región es porque operan son sus individuos hacia el juego relacional frente a otras regiones.

Lo otro, es que la constitución de grupos al margen de la ley puede interpretarse desde los mismos enfoques teóricos en lo que refiera a la congregación de individuos (*habitus*, campos, sectas, clases, elites, entre otras), y lo que de ellos salga es por lo que hay dentro de ellos. Así como las primeras facciones de guerrilla tenían unas características propias (naturalmente campesinas) era por el fuerte de los individuos que conformaban los grupos; los grupos siempre se forman en una relación directa con el espacio que creen propios. Por eso acá en *Medallo* fueron los combos con el nombre del barrio o algo característico de la pequeña región espacial que los agrupa.

Más allá de la prensa y otras producciones literarias, el relato, la fortificación del mito y los discursos son producciones sociales; algunos, cómo los de Pablo y otras tantas figuras de la ciudad, devienen de un ejercicio de oralidad que es transmitido de generación en generación, de persona en persona, de capas sociales a capas sociales, construyéndose en sí un significado diferenciado para cada transmisión. Por eso, quienes padecieron directamente una acción violenta por el uno y/o el otro, fortifican su afinidad en la aceptación o negación de estos sucesos y dinámicas, en este sentido, se generan una suerte de etiquetas en función de adjetivos, sea como héroe y mártir o villano y tirano.

Para quienes hemos crecido en estas tierras, gran parte de lo que creemos conocer de ciertos momentos y hechos puntuales sobre aquella época, ha sido una transmisión oral, desde las voces de nuestros padres y abuelos, y según el tono de aceptación o negación de ellos, construimos frente a esas figuras una idea, una admiración o repudio; es así, cómo se nos va construyendo una imagen, noción, un juicio de la realidad que nos antecedió.

Limitaciones.

Es de aclarar que el objetivo de este trabajo era más sobre la exploración de unas correspondencias actitudinales y comportamentales de unos individuos particulares que fueron presentados a la realidad de esta ciudad como una unidad fenoménica, a los cuales, hoy en día se les siguen atribuyendo cualidades y rasgos que son propios de los jóvenes de la actualidad. Esta investigación era un tanto más exploratoria, es decir, estaba más enmarcada en encontrar una continuidad "histórica" entre la violencia y las identidades actuales; pues la intención era desnaturalizar un poco la lectura de estos episodios de la ciudad como meras unidades de violencia; y también, intentar presentar todo ese entramado comportamental como algo que viene con cierta continuidad histórica, es decir, no importaba si el narcotráfico hubiese llegado o no, pero el mero proceso de modernización y regionalismo ya traía consigo el germen de la violencia, de no haber surgido el tráfico de drogas, igual hubiésemos llegado a oleadas de violencia, y hasta quizá, más nefastas.

Aun así, se reconoce que este trabajo se hubiese podido nutrir mejor desde un enfoque mixto de investigación, donde se pudieran reforzar las hipótesis con datos cuantitativos. Por ejemplo, datos que sustentarán porque Medellín es muestra representativa de Antioquia, y lo que aquí sucede es evidencia fiel de todo el conglomerado regional. Datos que se formularan como unidades censales y permitiera una comparación poblacional entre comunas, para poder constatar que efectivamente *los pillos* si lograban ser un primer elemento para la constitución de sentidos y porque esto se extrapola a toda la región urbana. Esto sustentaría un criterio de suficiencia más abarcativo y fiel a las realidades vivenciadas en la ciudad de Medellín y su área metropolitana.

Así mismo, se hace la procura que en próximos análisis se puedan incluir estudios comparativos con otras culturas, regiones y ciudades del mundo; por ejemplo el análisis comparativo de las culturas juveniles y criminales de México, El Salvador, Brasil, las comunidades afroamericanas en Estados Unidos, quienes acuñan a un conjunto de prácticas callejeras el termino *hustle* que traduce literalmente en "buscarse la vida", mismo termino que tiene deformación escrita pero representa el mismo valor en República Dominicana y Puerto Rico, *el joseo*; también la expresión *frontear* que es código del habla hispanoamericana, tiene repercusiones similares a la condición del visaje "Actuar, hablar o tratar a otros con presunción, con actitud de superioridad o de mucha confianza en sí mismo". Especialmente porque estos

términos devienen de lugares que se asumen como marginales, por ende, suelen ser tomados como cunas de delincuentes.

También se hace necesario el abordaje de otras dimensiones, como el papel de la mujer, la homosexualidad elementos que han sido fuertemente representados en los medios visuales, pero ha sido exiguo en la literatura académica. En las obras consultadas solo es abordado el tema de la homosexualidad en las crónicas de Ricardo Aricapa, y el papel de las mujeres ha tenido relevancia en la obra de Gilmer y Aricapa, y algunas obras y cuentos de Luis Miguel Rivas. Fuera de los autores en mención, en la búsqueda no se hallaron más referencias que allanaran estas realidades.

Por otro lado, falto indagar más por la relación entre estas formas de comportamiento y actitudes frente a realidades iguales de complejas, como su incidencia en dimensiones más amplias de la actividad humana, como el establecimiento de preguntas sobre la correspondencia de la estética y las mentalidades en la manera de afrontar relaciones políticas y económicas; sobre todo, en el sentido de que estas formas perfilan unos condicionamientos éticos particulares y así mismo estos criterios sobre lo ético pre-condicionan determinadas maneras de relacionamiento y desenvolvimiento hacia practicas económicas con particularidades y prácticas políticas e ideológicas con particularidades. En resumen, es la pregunta por la correspondencia de esas manifestaciones socioculturales en el desenvolvimiento económico y político de la región, pues todo lo que se intentó abordar en el presente trabajo, demuestra que la mentalidad de los paisas esta sobrepuesta en un carácter de lo inmediato, de lo rápido, de lo práctico; el paisa vive en el ahora y quizá para este no hay mañana.

No obstante, el *criterio de suficiencia* de esta investigación estuvo determinado principalmente por los tiempos de elaboración de este trabajo, pues el fenómeno analizado presenta una naturaleza muy compleja que exige demasiado rigor para determinar una singularidad que este muy acentuada a su esencia; también, porque se fraguo y desarrollo en una época muy convulsa. Pues al analizar las obras y las producciones son muchas las líneas de análisis y campos temáticos que despiertan interés e inciden en nuevas búsquedas.

Por ejemplo, hasta el momento desconozco si existen trabajos de investigación o informes institucionales que establezcan una relación directa con la migración de colombianos al exterior con el auge de dinámicas de contrabando y tráfico de drogas, es decir, que se hayan preguntado por la incidencia de estas dinámicas en el poblamiento de localidades en ciudades de otros países

y sobre todo, que se pregunten por la incidencia de esos poblamientos en el desarrollo social y espacial de nuestras ciudades; pues no es un secreto que estas influencias extranjeras sí han sido recreadas de alguna manera en nuestros espacios, pero es la pregunta por la existencia de rasgos particulares de reproductibilidad que se emanan al interior de estas dinámicas. Aunque las pistas a esta cuestión pueden hallarse en la figura del *traqueto* y las *mulas*, pues “el traqueto, como parte del fenómeno del narcotráfico, jugaría un papel primordial como generador de un prototipo social que sería imitado por amplios grupos de la sociedad” (Salazar y Jaramillo, 1992, pp. 46-47 citado Villa Mejía, 2000, p. 87), esto es fundamental en el papel que esta figura desempeña en la cadena de producción y tráfico de cocaína; pues, la interacción de este individuo con otras formas culturales pueden producir mixturas comportamentales y a su vez este actuar como huésped y propagar esas nuevas formas en su lugar de origen. Se me ocurren las arquitecturas y los espacios, por ejemplo, cocina americana.

Igualmente, en el transcurso de esta investigación se encontró que existen y persisten elementos de alto valor constitutivo para la identidad de los jóvenes de Medellín, y que son elementos que de alguna manera hallaron su masificación y significación con esos jóvenes que se hicieron sicarios entre las décadas de los ochenta y noventa. Estos no se tomaron y consideraron para el desarrollo del presente trabajo; debido que, por su naturaleza y envergadura, estos requieren un análisis sociológico más riguroso, dedicado y profundo.

Este es el caso de *la moto*, que encuentra su relación con estos individuos en el sentido de que la proliferación y uso del término de *sicario* encontró su definición más cercana al calificativo de *asesinos de la moto*. Este elemento ha sido escenificado y retratado en diferentes formatos de producción, sea literaria, académica, fílmica y artística, ocupando un valor relevante en la narrativa y desenvolvimiento de los jóvenes. A día de hoy, se congregan una cantidad de jóvenes que expresen un cultismo hacia este elemento, se han hecho hábiles en su uso, es su bien máspreciado y cuidado, se ha convertido en una extensión del ser para ellos; así lo ha expresado Juan Fernando Herrán (2015), en su exposición llamada: “La vuelta”; donde discurre por la significación dada a este elemento desde las voces de algunos habitantes de las comunas de Medellín.

Indudablemente no es solo con Herrán donde estas toman algún protagonismo, también encuentran lugar en la última obra de Gilmer Mesa (2023a, pp. 269-281), donde este reconstruye recuerdos alrededor de este instrumento y la importancia de este para los pillos, de hecho, un

buen pillo por exigencia debía ser buen piloto. Por otro lado, también se pueden encontrar referencias sobre la significación de este elemento en la disertación doctoral de Didier Correa Ortiz (2021, pp. 187-247); así como una cantidad de notas periodísticas sobre este fenómeno y su participación en las calles, así mismo, se ha masificado el uso de este instrumento para hacer caravanas fúnebres en despedida de un personaje popular (naturalmente asociado a bandas de fleteros y combos barriales), misma práctica que encuentra sus orígenes a mediados de los años ochenta en la ciudad de Medellín, así, como también ha encontrado lugar en la escenificación oral y fílmica²²; practica que guarda estrecha relación con una manifestación que se ha hecho cotidiana en la ciudad, donde los días jueves ciertas calles y sectores son tomadas por numerosos motociclistas, que encuentran en estos espacios y en estas prácticas unas formas de pertenecer y ser, práctica conocida como el *azote*, puede consultarse a Rodas (2023).

²² Frente a estos sepelios, se puede consultar (El Colombiano, 2023)

Referencias

- Aguilar, J. D. (2020). Territorialización del narcotráfico. Medellín un entorno generoso para el crimen, 1974-1984. *Kabái*, 23, 117-131.
- Álzate, G. A. (2014). *Apuntes históricos sobre el origen del tráfico internacional de drogas ilícitas en Medellín*.
- Amossy, R. (1999). La noción de ethos: De la retórica al análisis del discurso. *Amossy, Ruth (dir.)*.
- Anders, V., & et al. (2001, 2024). *Etimología de visaje*. Etimologías de Chile. <https://bit.ly/49FW9PZ>
- Aricapa Ardila, R. (1998). *Medellín es así. Crónicas y reportajes*. (1ra edición). Editorial Universidad de Antioquia.
- Aristizábal Uribe, A. C. (2018). *Medellín a oscuras: Ética antioqueña y narcotráfico*. Universidad Pontificia Bolivariana.
- Atehortúa Cruz, A. L., & Rojas Rivera, D. M. (2014). El narcotráfico en Colombia. Pioneros y capos. *Historia y Espacio*, 4(31), 169-207. <https://doi.org/10.25100/hye.v4i31.1680>
- Balázs, B. (1933). El cine en el teatro. *Nuestro cinema*, 10, 119-122.
- Bedoya, J. (2010). *La protección violenta en Colombia: El caso de Medellín desde los años noventa*. Instituto popular de Capacitación.
- Betancourt, D. (2007). *Contrabandistas, marimberos y mafiosos. Historia social de la mafia colombiana (1965-1992)*.
- Betancourt, D., & García, M. L. G. B. (1990). *Matones y cuadrilleros: Origen y evolución de la violencia en el occidente colombiano, 1946-1965*. UN, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales.
- Betancourt Echeverry, D. (1991). Los cinco focos de la mafia colombiana (1968-1988) elementos para una historia. *Revista Folios*, 2. <https://doi.org/10.17227/01234870.num2.folios5333>
- Blades, R. (1999). *Sicarios* [Canción]. Tiempos.
- Bovino, B. (2016). *Aspectos socioculturales del narcotráfico: Ayer Medellín, hoy Rosario*. *I+ D Revista de Investigaciones*, 8 (2).
- Bustamante, A., Valle, J. del, Pizarro, J., Wiese, J., & Pessoa, F. (2013). *Los futuros de Fernando Pessoa* (1a edición). Universidad Pacífico.

-
- Calle Correa, F., & Correa Jaramillo, J. G. (2002). El ethos antioqueño: Soporte moral para la creación, desarrollo y conservación de empresas. *Semestre Económico*, 5(10), 1-20.
- Calvo Isaza, Ó., & Parra Salazar, M. (2012). *Medellín (rojo) 1968: Protesta social, secularización y vida urbana en las jornadas de la II Conferencia General del Episcopado Latinoamericano* (Primera edición). Editorial Planeta Colombiana S. A.
- Cantor, R. V. (2000). La noción de mafia como elemento articulador de la historia presente de Colombia. *Memoria y Sociedad*, 4(7), 11-20.
- Cárdenas Echeverri, E. (2019). «La antioqueñidad» en la obra de Luis Miguel Rivas. Universidad de Barcelona.
- Ceballos, R. (2000). Violencia reciente en Medellín. Una aproximación a los actores. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 29(3), 381-401. <https://doi.org/10.3406/bifea.2000.1412>
- CORPORACIÓN REGIÓN. (1990). *Violencia juvenil: Diagnóstico y alternativas: Vol. MEMORIAS DEL SEMINARIO SOBRE LA COMUNA NORORIENTAL DE MEDELLÍN SAN PEDRO (ANTIOQUIA) AGOSTO 15,16 Y 17 DE 1990* (CORPORACIÓN REGIÓN).
- Corre Ortiz, D. (2012). Narc Deco: Ética y estética del Narcotráfico. *Analecta política*, 2(3), 127-140.
- Correa Ortiz, D. (2014). *Medellín. Instantáneas del narcotráfico*.
- Correa Ortiz, D. (2021). *Narcotráfico y cultura: Habitus y vida cotidiana en la Medellín contemporánea*. Universidad Nacional de Colombia.
- Crease, R. P. (2019). Los científicos y el mundo. *Los que diez pensadores nos enseñan sobre la autoridad de la ciencia. Traducido del inglés*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Dávila, L. F. (2016). Violencia urbana, conflicto y crimen en Medellín: Una revisión de las publicaciones académicas al respecto. *Revista Criminalidad*, 58(2), 107-121.
- Duncan, G., & Eslava, A. (Eds.). (2015). *Territorio, crimen, comunidad: Heterogeneidad del homicidio en Medellín* (Primera edición). Universidad EAFIT.
- El Colombiano (Director). (2023, febrero 2). Sin Dios ni ley: Piques y tiros al aire durante velorios colapsan las vías de Medellín. (315). En *El arranque, noticias del día*. <https://spoti.fi/3T0ZvHD>

-
- Elías, N. (2015). *El proceso de la civilización: Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas* (R. García Cotarelo, Trad.; Primera edición electrónica). Fondo de cultura económica.
- Espinosa Luna, C. (2019). Cinco premisas sociológicas sobre la violencia. *Sociológica (México)*, 34(97), 329-350.
- Fals Borda, O. (1988). El conflicto, la violencia y la estructura social colombiana. En *La Violencia en Colombia. Estudio de un proceso social*. (Vol. 1, pp. 399-422). Printer Colombiana S.A.
- Galeano Marín, M. E. (2012). *Estrategias de investigación social cualitativa. El giro en la mirada*. La carreta editores.
- Gaviria, V. (Director). (1990). *Yo te tumbo, tu me tumbas*. [Documental; Video]. Producciones tiempos modernos.
- Giraldo Ramírez, J., Naranjo, A., Jaramillo, A. M., & Duncan, G. (2011). *Economía criminal en Antioquia: Narcotráfico*. Universidad Eafit.
- Gómez Martínez, J. (1991). *En qué momento se jodió Medellín*. Editorial Oveja Negra.
- Guerrero Rodríguez, F. (2009). Medellín: Años ochenta. *Ciudad Paz-ando*, 2(1), 49-55. <https://doi.org/10.14483/2422278X.7382>
- Gutiérrez de Pineda, V. (1994). El complejo cultural antioqueño o de la montaña. En *Familia y cultura en Colombia*. (pp. 353-497). Editorial Universidad de Antioquia.
- Gutiérrez Gómez, B. L. (Director). (1990). *Sobre vivir en Medellín*. (Biblioteca de Salud Pública) [DVD]. Universidad de Antioquia Televisión. <https://bit.ly/3UCkh1I>
- Herrán, J. F. (2015). El legado de la moto. *ERRATA#*, 13, 178-182.
- Horizontes perdidos*. (1). (s. f.). [Audio]. <https://spoti.fi/3OCwZcZ>
- Jaramillo Morales, J. D., & Restrepo Uribe, E. A. (2020). *¿"Entrar" o «salir» de la violencia? : Construcción del sentido de lo joven en Medellín desde el graffiti, el hip-hop y la violencia* [Pontificia Universidad Javeriana]. <https://doi.org/10.11144/Javeriana.10554.9027>
- Jaramillo Restrepo, J. C. (2009). *Diccionario de Antioqueñismos* (Primera edición). Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Jurado, J. C. (2003). Problemas y tendencias contemporáneas de la vida familiar y urbana en Medellín. *Historia Crítica*, 25, 165-182. <https://doi.org/10.7440/histcrit25.2003.09>

-
- Leyva, S. (2014). Crisis o continuidad? Una discusión sobre el poder en Medellín a partir de la década de 1970. *Estudios Políticos*, 44, 115-138.
- Lora, R. L. (1991). *Estudios explicativos sobre la violencia contemporánea en Medellín*. Fedesarrollo.
- Lotero, R. D. (1991). *Historias de la calle* (Primera edición). Corporación Región.
- Lozano, A. F. (1993). Violencia juvenil y sicariato en Medellín. *Revista de las Fuerzas Armadas*, 146, 73-81.
- Martin, G. (2014). *Medellín, tragedia y resurrección: Mafias, ciudad y Estado, 1975-2013*. La Carrera Editores EU.
- Marx, K. (2008). *Escritos de juventud sobre el derecho: Textos 1837-1847* (2a ed). Anthropos, Editorial.
- McDermott, J. (2018). La nueva generación de narcotraficantes colombianos post-FARC: “Los Invisibles”. *InSight Crime, Centro de Investigación de Crimen Organizado*, s 22.
- Medina Franco, G. (2006). *Una historia de las milicias de Medellín*. Instituto Popular de Capacitación.
- Mejía Álvarez, P., & Quintero Rivillas, J. (Directores). (1988). *Cuando llega la muerte*. [Documental]. Producciones tiempos modernos. <https://bit.ly/49vxHkb>
- Mejía Arango, J. L. (2010). El culto al avispa. *Universo Centro*, 9, 3.
- Mesa Sepúlveda, G. (2016). *La cuadra* (Primera edición.). Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
- Mesa Sepúlveda, G. (2023a). *Aranjuez*. Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.
- Mesa Sepúlveda, G. (2023b). La otra 70, la de Castilla y el punk. *Universo Centro*, 137, 6-7.
- Mesa Sepúlveda, G. D. (Director). (2022, diciembre). La vuelta de la vida en una cuadra. En *El Topo: La No Ficción*. <https://n9.cl/aov96>
- Naranjo, L. S. C., & Salazar, J. I. H. (2022). La voz de los jóvenes marginales de Medellín— Colombia: Una memoria fresca y espontánea. *Crisol*, 21.
- Ortiz Sarmiento, C. M. O. (1991). El sicariato en Medellín: Entre la violencia política y el crimen organizado. *Análisis político*, 14, 60-73.
- Osorio, O. (2015). La «Sicaresca»: De la agudeza verbal al prejuicio crítico. *Poligramas*, 41, 75-96. <https://doi.org/10.25100/poligramas.v0i41.4407>

-
- Osorio Ospina, J. C. (Ed.). (2018). *Diccionario Mutante: De lenguajes e ideas juveniles*. (Segunda edición, p. 73).
- Ovalle, L. P. (2010). Construcción social del narcotráfico como ocupación. *CS*, 5, 99-123.
- Patiño Aristizábal, L. G., & Correa Henao, J. L. (2017). Los estudios sobre violencia colectiva en Medellín, 1975-2015: Un estado del arte. *Analecta política*, 7(12), 139-162. <https://doi.org/10.18566/apolit.v7n12.a07>
- Pérez Rivera, H. E. (2010). *Norbert Elias: Un sociólogo contemporáneo teoría y método*. la Carreta ed.
- Perfetti, M. (1991). *Medellín: Mitos y realidades*. Fedesarrollo.
- Quintero Penagos, J. D. (2021). *El visaje es colonial ver y ser visto en las fiestas de Medellín: Entre la colonia y el siglo XXI* [Universidad Pontificia Bolivariana]. <http://hdl.handle.net/20.500.11912/9503>
- Ramírez Arango, J. F. (2019a, marzo). Tríptico de parlache. *Universo Centro*, 105, 4-6.
- Ramírez Arango, J. F. (2019b, octubre). Ramón Cachaco. *Universo Centro*, 111, 24-26.
- Ramírez Arango, J. F. (2021, septiembre). El primer laboratorio. *Universo Centro*, 124, 26-27.
- Ramírez Patiño, S. P., & León Vargas, K. (2014). Pueblerinos antioqueños en Medellín. La inmigración pueblo-ciudad a partir de un estudio de caso, 1940-1970. *Estudios políticos*, 44, 165-187.
- Restrepo Jaramillo, I. (2019). Introducción. En *Narrativas de la historia en el audiovisual colombiano*. (1.^a ed., pp. 11-18). Universidad de Antioquia; JSTOR. <https://doi.org/10.2307/j.ctv10crdj2.4>
- Rincón, O. (2009). Narco.estética y narco.cultura en Narco.lombia. *Nueva Sociedad*, 222, 147-163.
- Rincón, O. (2013). Todos llevamos un narco adentro-un ensayo sobre la narco/cultura/telenovela como modo de entrada a la modernidad. *Matrizes*, 7(2), 1-33.
- Rivas, L. M. (2011). Medellín. *Universo Centro*, 21, 14-15.
- Rivas, L. M. (2019). *Era más grande el muerto*. (Primera edición en libro electrónico). Editorial Planeta, S. A.
- Rodas, S. (2023, noviembre 8). El azote de las motos que devoran pavimento en Medalla. *Revista Generación*, 22, 8-9, 32. <https://pubhtml5.com/ltll/ubxu/>.
- Romero, J. L. (2011). *Latinoamérica las ciudades y las ideas*. SIGLO XXI.

-
- Sáenz Rovner, E. (2021). *Conexión Colombia: Una historia del narcotráfico entre los años 30 y los años 90* (Primera edición). Editorial Planeta Colombiana.
- Salazar, A. (2018). *No Nacimos Pa' Semilla* (Primera edición). Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. S.
- Salazar Jaramillo, A. (1996). *La genesis de los invisibles. Historias de la segunda fundación de Medellín*. Ediciones Antropos LTDA.
- Schlenker, A. (2012). *Se busca. Indagaciones sobre la figura del sicario*. Universidad Andina Simón Bolívar, Sede Ecuador; Corporación Editora Nacional.
- Soto Aguirre, J. A. (2020). Itagüí: Violencia estatal y violencia narcoparamilitar: una reflexión desde lo municipal sobre el monopolio de la violencia legitimada del Estado. *Hallazgos*, 17(34), 241-269. <https://doi.org/10.15332/2422409X.5239>
- Uribe de Hincapié, M. T. (2001). Comentarios al " Balance síntesis" de los estudios sobre violencia en Antioquia. En *Balance de los estudios sobre violencia en Antioquia*. Universidad de Antioquia.
- Van Der Linde, C. G., Castañeda Santoyo, A., Cifuentes Avellaneda, Á., & Murcia, R. A. (2014). "¡Pa' las que sea, parce!": Límites y alcances de la sicaresca como categoría estética. Universidad de La Salle. Ediciones Unisalle. <https://doi.org/10.19052/978-958-8844-47-3>
- Vergara Molina, A. A. (2018). *Medellín: Ser y parecer. Concepto y visión de ciudad a partir de la literatura, 1850-1940*. (CRAI María Teresa Uribe (FCSH, Bl. 9-305)) [Monografía de grado., Universidad de Antioquia]. <https://bit.ly/42sFEEz>
- Viana Pereira, A., & Pacheco Sicsú, D. (2019). *O sobrenatural literário em contos da floresta do escritor indígena amazonense Yaguarê Yamã*. <http://repositorioinstitucional.uea.edu.br/handle/riuea/1452>
- Villa Mejía, V. (1986). Pervivencia del Camaján, hoy. *Universidad Nacional de Colombia, revista de extensión cultural.*, 22, 17-26.
- Villa Mejía, V. (2000). *Polifonia de la violencia en Antioquia: Vision de la sociolinguistica abductiva*. Icfes (Instituto Colombiano para el Fomento de la Educacion Superior).
- Villada Vélez, P. A. (2020). *El parlache, de la teoría a la representación: Una aproximación desde la comunicación*. Corporación Iniversitaria Minuto De Dios.

Villamizar, J. C. (2018). Elementos para periodizar la violencia en Colombia: Dimensiones causales e interpretaciones historiográficas. *Ciencia Política*, 13(25), 173-192. <https://doi.org/10.15446/cp.v12n25.65251>

Anexos

Anexo 1

Matriz de clasificación para la revisión documental.

ITEM	REFERENCIA EN APA	TIPO DE PUBLICACIÓN	TÍTULO	AÑO	ALCANCE	PALABRAS CLAVE DE BUSQUEDA	PALABRAS CLAVE DE ARTICULO	CATEGORIA PRINCIPAL DEL ARTICULO	RESUMEN	OBSERVACIONES
1		Artículo de revista			Analítico	Cultura juvenil en Antioquia.		Coyuntural		De obligatoria lectura.
2		Capítulo de libro			Comparativo	Cultura mafiosa y traqueta.		Criminalidad		Comparativo
3		Ensayo			Contextual	Espacio y violencia.		Economía criminal		Contextual
.		Informe de Investigación			Metodológico	Estéticas de Medellín.		Estético		Descartados.
.		Libro			Teórico	Medellín y violencia urbana.		Socioespacial		
.		Ponencia				Narcotráfico & Medellín.		Político		
.		Reseña				Narcotráfico y sociedad.		sociocultural		
.		Tesis (doctoral, maestría)				Sicariato Medellín.		Socioeconómico		
N		Trabajo de grados				Violencia y urbanización		violencia		

Anexo 2

Matriz de análisis y triangulación.

Categorías	Subcategorías	Título obra	Ejem.	Pág.	Pág.	Observaciones y síntesis
		Cita / referencia	Ejem. (año)			
Violencia						
Antioqueñidad						
Visaje						
Sicario						
Espacialidades						

Anexo 3*Formato de fichaje individual e informes de lectura*

Informe de lectura.				
Título:				
Autor:				
Año:				
Referencia en APA:				
Breve reseña:				
Citas:				
N°	CITA	PÁG.	OBSERVACIONNES	CATEGORÍA
1				
2				
3				
.				
.				
.				
<i>n.</i>				
Observaciones generales:				
1.				
2.				
3.				